

El Bien Común Desde La Doctrina Social De La Iglesia Católica

Samir de Jesús García Valencia

Asesor: Dr. Carlos Eduardo Peláez Pérez

Universidad Tecnológica de Pereira

Facultad de Ciencias Humanas y Bellas Artes

Maestría en Filosofía Política y Argumentación

Pereira, Risaralda

2020

Tabla de contenido

Introducción	3
1. El Bien Individual Y El Bien Común, Responsabilidad De Cada Uno Y De Todos.	7
1.1. Base Aristotélica Para Hablar Del Bien Común.....	7
1.2. Bases Desde La Revelación, La Tradición Y El Magisterio Eclesial.	10
1.3. El Ser Humano En Búsqueda Del Bien Y La Felicidad.	14
1.4. Concepciones Antropológicas Sobre El Bien Común.	15
1.5. Del Bien Individual Al Bien Común.	26
1.6. Perspectivas.....	34
2. La Iglesia Católica, Dinamizadora Del Bien Común.....	40
2.1. Un Camino De Veintiún Siglos De Historia.	40
2.2. La Persona Humana Y El Respeto Por La Vida.	42
2.3. La Doctrina Social, De La Teoría A La Praxis.	46
2.4. Enfoque De La Doctrina Social Desde El Humanismo Cristiano: La Educación De La Persona.	48
2.5. La Reconciliación Nacional, El Reconocimiento Al Proceso De Paz.	50
2.6. ¿Un Nuevo Modelo Económico Para Minimizar La Pobreza?	57
2.7. Las Minorías Étnicas Y Su Reconocimiento Desde La Doctrina Social.	66
2.8. El Bien Común Desde La Doctrina Social Y Su Relación Con Algunos De Los Objetivos De Desarrollo Sostenible.....	70
3. Consideraciones Finales.	78
Referencias.....	81

Introducción

El teólogo y filósofo keniano John Samuel Mbiti en su libro *African Religions and Philosophy*, donde describe algunas características de la religión y la filosofía africanas, indica la frase tradicional usada en este continente: “*I am because we are and, since we are, then I am*” (1969, p. 109) –yo soy porque somos y, ya que somos, entonces yo soy–. Esta expresión de origen sudafricana es reconocida bajo la palabra *Ubuntu*¹, que se deriva de las lenguas *zulú* y *xhosa* propias de esta región. Vale la pena mencionar este aporte africano para introducir el presente ejercicio académico, ya que el tema en cuestión invita a centrar la atención sobre la interconexión en la que los seres humanos están involucrados. Como se mencionará en el desarrollo del tema, la búsqueda del bien particular involucra inevitablemente el bien común, el bienestar propio está condicionado por el bienestar del otro o de los otros, cada acción–particular o social– tiene repercusiones en el entorno. Y, en este nuevo contexto global con todos los acontecimientos que evidenciamos, sobre todo la crisis generada por la pandemia del Covid–19, con mayor razón se podría constatar este aporte venido desde el África.

Aunque la investigación deriva del aporte concreto de la Iglesia católica en su Compendio de la Doctrina Social, acudir a otros aportes y experiencias culturales enriquece evidentemente la reflexión.

Al mismo tiempo que se valora la acertada contribución de la comunidad eclesial para el desarrollo del Bien común, venido sobre todo desde el mundo occidental, se constata también un camino de renovación impulsado por los pueblos del Sur, que con la sabiduría y experiencia de

¹ Para profundizar en el concepto Ubuntu véase la entrevista a Nelson Mandela en: <https://www.youtube.com/watch?v=JYPdQCoteb4> (07.04.2020).

la senda milenaria también desean ser escuchados. Por eso, he deseado abrir esta introducción con una fundamentación africana, para señalar que los importantes y adecuados aportes occidentales, pueden ser también enriquecidos con las intervenciones de otras culturas. De hecho, una de las notas características de la Iglesia es precisamente su catolicidad, que significa la apertura global del cristianismo no como una posibilidad de adoctrinamiento sino como una oportunidad de enriquecimiento mutuo: todos aprendiendo de todos. También esta senda hace parte de la conformación del bien común.

En este orden de ideas, también el mundo occidental está invitado a *reaprender*, a escuchar otras culturas, acoger nuevos modelos de vida que contribuyan a la consecución de la felicidad, del bienestar global. Escuchar los continentes de África, Asia y, por supuesto, la región de América Latina, prestar atención a sus sueños, conocer sus proyectos, observar su relación cercana con la ecología, aprender de la experiencia milenaria de sus culturas, puede dar a la Iglesia católica una perspectiva renovadora.

Así, pues, bajo estos presupuestos, se anima este camino reflexivo en el que se analizan las concepciones que fundamentan la idea del bien individual y el bien común a partir del documento *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia Católica*, que recoge aspectos de la Sagrada Escritura, la tradición y el Magisterio. Se presentan concepciones desde otras disciplinas como la filosofía y la sociología, que contribuyen a un mayor análisis y reflexión en torno al pensamiento occidental y su evidente influencia en la concepción cristiana – católica.

Para el desarrollo de esta propuesta se ofrecen dos capítulos con los cuales se busca dar respuesta a la pregunta problematizadora que impulsa este trabajo de investigación. En el primer capítulo se desarrollan los argumentos que enfocan la génesis del bien individual y colectivo como responsabilidad que compromete a todos los hombres y mujeres de la tierra; en dicho

capítulo se señalan las aspiraciones que tiene el ser humano en su individualidad para buscar su propia felicidad y la felicidad de los demás.

Como consecuencia de las inquietudes que nacen en el desarrollo de esta primera etapa, se abre un segundo discurso, en el capítulo dos, que centraliza la temática principal y presenta, desde la Doctrina Social de la Iglesia, los ejes fundamentales, teóricos y prácticos, que posibilitan el bien común. Se realiza una breve reseña histórica de la Iglesia católica, indicando su presencia en un tiempo, espacio y comunidad humana concreta y se proyecta sobre la realidad (fundamentalmente sobre la realidad colombiana) la puesta en marcha de los contenidos principales de la doctrina social.

La elaboración de este argumento académico se realiza desde el método que los clásicos han denominado “*ad hominen*” o “*argumentum ex concessis*”; porque retoma el desarrollo investigativo que ha realizado y presentado la Iglesia en diversos momentos históricos, como son: La Sagrada Escritura, Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, Concilio Vaticano II, aportes teológicos y el Magisterio Eclesial de los últimos Pontífices después del Concilio Vaticano II, sobre todo la carta encíclica de Pablo VI *Populorum Progressio* (1967). Además, se apoya en otros aportes de la filosofía, sociología, historia y psicología, como son: Aristóteles; Bauman, Zygmunt; Carr, Edward H; Freud, Sigmund; García-Pelayo, Ramón; Kant, Immanuel; Kymlicka, Will; Ospina, William; Rawls, John; Rodríguez, Pepe; Savater, Fernando; Della Mirándola, Giovanni. Y, a la luz de estos elementos recopilados, se reelabora una síntesis general para responder a la inquietud fundamental que radica en la propuesta del bien común analizada y reflexionada por la Iglesia católica. Es decir, me referiré a aportes de “autoridades” para proponer una reflexión académica, organizada y sistemática.

Los textos son expuestos e interpretados con el fin de presentar el bien común como una propuesta válida y útil, de parte de la Iglesia católica, para contribuir al mejoramiento de la sociedad, enfatizando en la necesidad de una renovación e innovación del modo de proceder de la Iglesia, que es una de las instituciones llamada a ser ejemplo de conducta moral de cara a la sociedad global.

1. El Bien Individual Y El Bien Común, Responsabilidad De Cada Uno Y De Todos.

1.1. Base Aristotélica Para Hablar Del Bien Común.

Todos los seres humanos racionales aspiran a la felicidad, o por lo menos a vivir bajo patrones socioculturales que les permitan compartir su existencia en condiciones de bienestar, placer y vida buena. Sin embargo, a estas aspiraciones o deseos no llega el individuo de manera fortuita, requiere ser un sujeto virtuoso, que practique la virtud como esencia de su naturaleza humana, dotada de inteligencia y voluntad.

La felicidad no se alcanza por la ejecución de sencillas acciones cotidianas, se requiere también actitudes no solo contemplativas sino productivas, que vayan más allá de su estado de naturaleza, para beneficio propio y el de los demás. El hombre que es “por naturaleza un animal político” (Aristóteles, 1982, p. 158), de asociaciones, no solo busca relación y compañía sino que además pretende construir un mundo mejor para él y sus congéneres y, cuando tiene estas pretensiones, lo hace porque aspira a vivir de manera placentera y equilibrada, lo cual se logra con el conocimiento consciente de lo que hace; ya que “todo conocimiento y toda elección apuntan a algún bien” (p. 4). ¿Y de dónde parte esa concepción de bien que el ser humano desea; cómo se le conoce? Esa aspiración de bien no deriva de otra cosa que del deseo de ser feliz. Así lo vemos constatado en el pensamiento griego:

En cuanto al hombre por lo menos, reina acuerdo casi unánime, pues tanto la mayoría como los espíritus selectos llaman a ese bien la felicidad, y suponen que es lo mismo vivir y obrar bien que ser feliz. Pero la esencia de la felicidad es cuestión disputada, y no la explican del mismo modo el vulgo y los doctos. (Aristóteles, 1982, pp. 4-5).

En este sentido, las concepciones de felicidad varían de un sujeto a otro, es subjetiva, pero no deja de ser la máxima aspiración de todos los seres racionales. Aferrados a esta idea, la existencia humana transcurre entre dos grandes fuerzas, a saber: las pulsiones de *eros* (*Ἔρως*) y *tanhatos* (*Θάνατος*) (Freud S. , 1993); esto es, entre pulsiones de vida y muerte, entre fuerzas internas del ser que reivindican y destruyen la existencia. Los individuos, generalmente, se inclinan por las pulsiones de vida, más concretamente, las del goce, el placer, la alegría, la satisfacción, el hedonismo, el amor y la vida buena; aunque, en sorprendidas ocasiones, también aparezcan las manifestaciones de muerte en contraposición con las primeras, las mismas que a la vez los conducen a la destrucción de su integridad física, psíquica y social; verbigracia, el dolor, el sufrimiento, la enfermedad, la tristeza, el tedio, la depresión, el suicidio, el consumo de sustancias psicoactivas que deterioran su estructura y dignidad como persona.

Entonces, ante este marco de pulsiones de la vida humana, los hombres y mujeres buscan acercamientos amistosos, sociales, políticos, eróticos, placenteros, tratando de generar con ello convivencia y compañía que, en la mayoría de las percepciones individuales y colectivas, son asociadas con la concepción del amor, la armonía, la necesidad, el bien. Éstas son condiciones naturales que brindan cierta “libertad” y manifestaciones afectivas y de bienestar, que se pueden observar como realidades vinculantes que fomentan lazos de unión y, en múltiples ocasiones, resultan resquebrajadas por los intereses mezquinos de los individuos.

Así, el ser humano, como criatura racional, es complejo; difícilmente alcanza a comprender las dimensiones antropológica, psíquica y social que le corresponde afrontar durante el devenir de su corta o larga existencia. Como ser dotado de inteligencia, es consciente que la vida le ha sido otorgada para disfrutarla a plenitud, buscando su bienestar individual y, a partir de éste, el bienestar colectivo. Porque no es recomendable que un ser dotado de inteligencia piense

sólo en su bienestar y renuncie a la posibilidad de construir el bienestar común. De ser así, estarían deviniendo en el egoísmo y la mezquindad crasos.

De acuerdo al pensamiento filosófico griego, sobre todo en *La Política* de Aristóteles, se puede evidenciar que el bien, como virtud humana, se construye a partir de la interacción, la asociación y socialización con el otro. El ser humano se entiende en su relación de integración, sobre todo con la *πόλις* (*polis*):

Toda ciudad se ofrece a nuestros ojos como una comunidad; y toda comunidad se constituye a su vez en vista de algún bien (ya que todos hacen cuanto hacen en vista de lo que estiman ser un bien). Si pues todas las comunidades humanas apuntan a algún bien, es manifiesto que al bien mayor entre todos habrá de estar enderezada la comunidad suprema entre todas y que comprende a todas las demás; ahora bien, ésta es la comunidad política a la que llamamos ciudad. (Aristóteles, 1982, p. 157).

Con la anterior elucubración, el filósofo griego ofrece indicaciones para entender que el ser humano es por naturaleza un animal cívico; esto es, requiere asociarse, necesita de la compañía con el otro; ya que no es posible construir sociedad o comunidad sólo, por eso el hombre pasa a ser la parte más importante de la comunidad y de la ciudad, y es en ese espacio físico donde se generan todas las acciones buenas y malas que van haciendo historia. Sin embargo, dichas acciones tienden a buscar el bien antes que el mal. Todo ello es una consecuencia de su potencialidad como animal político, así lo señaló el estagirita:

El por qué sea el hombre un animal político, más aún que las abejas y todo otro animal gregario, es evidente. La naturaleza –según hemos dicho– no hace nada en vano; ahora bien, el hombre es entre los animales el único que tiene palabra. La voz es señal de pena y de placer, y por esto se encuentra en los demás animales (cuya naturaleza ha llegado hasta el punto de tener sensaciones de pena y de placer y comunicarlas entre sí). Pero la palabra está

para hacer patente lo provechoso y lo nocivo, lo mismo que lo justo y lo injusto; y lo propio del hombre con respecto a los demás animales es que él solo tiene la percepción de lo bueno y de lo malo, de lo justo y lo injusto, de otras cualidades semejantes, y la participación común en estas percepciones es lo que constituye la familia y la ciudad. (Aristóteles, 1982, p. 159).

El hombre, entonces, criatura inteligente, dotada de razón y lenguaje, está convocado a hacer uso de su libre albedrío. Tiene la libertad de escoger entre acciones y pensamientos buenos o acciones y pensamientos incorrectos. Él, que es poseedor de palabra, tiene el potencial de construir comunidad de acuerdo con orientaciones comunes para una vida buena o feliz.

1.2. Bases Desde La Revelación, La Tradición Y El Magisterio Eclesial.

De otra manera, se puede inferir también que, conducido por la *gracia divina*, el ser humano es impulsado a obrar correctamente hacia una vida plena y satisfactoria, buscando siempre su propio bien y el de sus semejantes. Las acciones incorrectas o equivocadas lo desvían de la grandeza del proyecto de su Creador. Si Dios ha creado a sus hijos, hombres y mujeres, a su imagen y semejanza (cf. Gn 1, 26-27), Él ha querido que actúen en concordancia con su infinita bondad, haciendo el bien antes que el mal, es por esto que en el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia Católica se indica:

En la comunión de amor que es Dios, en la que las tres Personas divinas se aman recíprocamente y son el Único Dios, la persona humana está llamada a descubrir el origen y la meta de su existencia y de la historia. (2007, p. 36).

Sin embargo, esta convocatoria no se supedita solamente a ver transcurrir su mortal existencia, porque hombres y mujeres tienen una misión clara: servir al otro en el amor a Jesucristo, entendiendo que todos fuimos creados a imagen y semejanza de Dios en aras de cumplir una misión determinada, que es beneficiosa para la individualidad y para el bien general.

Por eso, si la practica cristiana no va unida a una experiencia de liberación y desarrollo vital, ésta pierde sentido. Así lo expresa el teólogo peruano Gustavo Gutiérrez indicando los aspectos existenciales y activos de la vida cristiana:

Se ha operado, en primer lugar, un fecundo redescubrimiento de la caridad como centro de la vida cristiana. Esto ha llevado a ver la fe, más bíblicamente, como un acto de confianza, de salida de uno mismo, como un compromiso con Dios y con el prójimo, como una relación con los demás. Es en ese sentido que San Pablo nos dirá que la fe opera por la caridad: el amor es el sustento y la plenitud de la fe, de la entrega al otro e, inseparablemente, a los otros. Ese es el fundamento de la *praxis* del cristiano, de su presencia activa en la historia. Para la Biblia la fe es la respuesta total del hombre a Dios que salva por amor. En esta perspectiva, la inteligencia de la fe aparece como la inteligencia no de la simple afirmación –y casi recitación– de verdades, sino de un compromiso, de una actitud global, de una postura ante la vida. (Gutiérrez, 1975, p. 27).

Según Gutiérrez, se puede considerar que el fundamento de vida de la comunidad de creyentes en Jesucristo radica no en los dogmas preestablecidos como normas de obligatorio cumplimiento sino en la decidida realización de una tarea que comporta la relación con los demás. El cristiano no es un hombre que se relaciona con Dios sólo en la intimidad de la contemplación pasiva de frente a su *omnipotencia*; es sobre todo un individuo que actúa en la historia, que construye caminos, que ayuda a sus semejantes a ser felices, a vivir en plenitud la existencia dada por su Creador, que se compromete en la construcción comunitaria de un mundo nuevo y mejor.

Por eso, cada hombre y mujer, creados a imagen y semejanza de Dios, están en el mundo dotados de una gran inteligencia como potencialidad de la virtud humana que los conduce a la construcción de relaciones interpersonales al interior de la comunidad o sociedad de la que son

partícipes, las mismas que son mutuas y necesarias. No es conveniente, y mucho menos saludable para su cuerpo y espíritu, que el hombre esté sólo y abandonado a su libre albedrío, desordenado en sus acciones, como creatura dotada de lenguaje y razón tiene la tendencia natural a comunicarse con sus congéneres, como categoría de una virtud divina obsequiada por el Creador; así lo indica el Compendio de la Doctrina Social:

La persona humana ha sido creada por Dios, amada y salvada en Jesucristo, y se realiza entretejiendo múltiples relaciones de amor, de justicia y de solidaridad con las demás personas, mientras va desarrollando su multiforme actividad en el mundo. El actuar humano, cuando tiende a promover la dignidad y la vocación integral de la persona, la calidad de sus condiciones de existencia, el encuentro y la solidaridad de los pueblos y de las Naciones, es conforme al designio de Dios, que no deja nunca de mostrar su Amor y su Providencia para con sus hijos. (2007, p. 37).

En la comprensión de la anterior referencia, es pertinente también analizar el alcance de la misma en los siguientes términos: “La persona humana ha sido creada por Dios, amada y salvada en Jesucristo y se realiza entretejiendo múltiples relaciones de amor, de justicia y de solidaridad con las demás personas” (2007, p. 37); ya que desde la dimensión de ser social por naturaleza, la persona humana necesita la convivencia con los otros en aras de procurar su beneficio y bienestar individual, proyectándose hacia el bien común.

De hecho, de acuerdo al Magisterio Eclesial, el bien común: “es el conjunto de condiciones de la vida social que hacen posible, a las asociaciones y a cada uno de sus miembros, el logro más pleno y más fácil de la propia perfección” (2007, p. 109). Esta premisa está sustentada además, en la constitución pastoral del Concilio Vaticano II *Gaudium et spes*, en su numeral 26, y en las encíclicas de Juan XXIII *Mater et Magistra n. 53* y *Pacem in Terris n.*

55. Estos documentos interpretan el bien común a partir del desarrollo económico, cognitivo y espiritual que involucran la integralidad de la persona humana.

En este sentido, la Iglesia entiende el bien común como aquella necesidad humana que permite la realización del proyecto de vida; el cual está fundamentado y proyectado a partir del testimonio y las enseñanzas de Jesús de Nazaret, consignadas en la Sagrada Escritura y conservadas por la comunidad eclesial durante estos veintiún siglos de historia.

Precisamente, el Evangelio de Lucas, narración que está dirigida a la comunidad de creyentes de origen paulino, en una parte central de su mensaje catequético, ofrece algunas instrucciones que animan a los seguidores de este nuevo camino a superar las dificultades; afirma precisamente cómo uno de los impedimentos más serios para seguir a Jesús es aferrarse a tradiciones y leyes que no ven en el hombre un ser amado de Dios (cf. Lc 13, 10-17). Por eso, Lucas propone un nuevo estilo de vida a los creyentes, centrado en el desprendimiento de los bienes materiales y la apertura para compartirlos con los necesitados (cf. Lc 25, 32; 16, 1-31). Esta etapa narrativa de Lucas finaliza con la parábola del rico y el pobre Lázaro (cf. Lc 16, 19-31), que relata la existencia de dos hombres: uno lleno de abundante fortuna material que viste bien, banquetea y celebra espléndidas fiestas y, el otro de nombre Lázaro, pobre, excluido por la lepra y con hambre. La escena se desarrolla en tres etapas: la buena vida del rico en la tierra y las dificultades del pobre, seguidamente la muerte de ambos y, finalmente, la súplica del rico que, después de la muerte hallándose en el “*hades*” entre tormentos, pide compasión y ruega advertir a sus familiares el cambio de vida, con el fin que no corran la misma suerte. Este no es un relato histórico, ciertamente es una invitación a cambiar las estructuras de un mundo cruel e injusto. Los cristianos están llamados a ser los primeros en actuar y denunciar esta realidad.

Por eso, también, el libro de los Hechos de los Apóstoles que se encuentra en la Biblia después de los evangelios, y que la tradición de la Iglesia es unánime al reconocer que el autor de esta obra es el mismo evangelista San Lucas, narra con una claridad mucho más histórica la manera cómo vivían las primeras comunidades cristianas: “todos los creyentes estaban de acuerdo y tenían todo en común; vendían sus posesiones y sus bienes y lo repartían entre todos, según las necesidades de cada uno” (Hch 2, 44-45).

En este sentido, la tradición de la Iglesia Católica, desde sus comienzos, portando la herencia de Jesús, en sus palabras y acciones, ha enfatizado claramente en una propuesta sobre el bien común. Sus aportes doctrinales son ciertamente aceptables y justos de valorar.

1.3. El Ser Humano En Búsqueda Del Bien Y La Felicidad.

Para clarificar más ampliamente el concepto que nos atañe, se puede añadir conjuntamente que el bien común también va de la mano de la aspiración a la felicidad individual y colectiva. Por ello la idea del bien está ligada a los deseos de un proyecto de vida impulsado hacia un permanente estado de felicidad, a partir del cual las aspiraciones de la vida buena puedan ser materializadas.

Desde los contenidos de la razón, se puede inferir que la persona humana es consciente que el bien personal y común están determinados por sus concepciones de vida buena, sana y progresista, así lo explica Rawls:

El bien de una persona está determinado por lo que para ella es el plan de vida más racional a largo plazo, en circunstancias razonablemente favorables. Un hombre es feliz en la medida en que logra, más o menos, llevar a cabo este plan. Para decirlo brevemente: el bien es la satisfacción del deseo racional. Hemos de suponer entonces que cada individuo tiene un plan racional de vida, hecho según las condiciones a que se enfrenta y también para permitir la satisfacción armónica de sus intereses. Sus actividades están programadas de modo que se

puedan satisfacer sin interferencias los diversos deseos. Se llega a él rechazando otros planes que, o bien es probable que tengan éxito, o bien no hacen posible una realización tan amplia de fines. (1995, pp. 95-96).

Así, pues, se podría entender que el bien va más allá de un disfrute egoísta del goce de todo cuanto brinda la naturaleza. Bien y felicidad se relacionan mutuamente porque se necesitan entre ellos. La felicidad es una actitud mental y una posición ante la vida, es una decisión que nos permite disfrutar de las cosas y de las situaciones cotidianas, pero de manera virtuosa; alejándonos de los excesos y comprendiendo que, cuando se logra la verdadera felicidad se puede decir que el ser humano es virtuoso porque ha llegado a ella.

En efecto, la libertad posibilita la felicidad. Un bien mayor, un bien que reconocemos como útil y adecuado, hace posible que los intereses que no están encaminados al bien pasen a ocupar un grado inferior y a no ser obstáculos para la libertad. Ciertamente, cuánto más libre y feliz se vive menos ataduras físicas o materiales poseemos. La virtud se puede traducir también como el comportamiento racional que brinda felicidad y libertad.

1.4. Concepciones Antropológicas Sobre El Bien Común.

Avanzando en este desarrollo práctico y conceptual, es preciso aclarar también el concepto general del bien común desde sus inicios, en el pensamiento clásico griego; ya que el bien común es un concepto primigenio surgido a partir de las concepciones de la filosofía y las prácticas políticas en la Grecia clásica y transmitida en herencia al mundo occidental como aporte valioso para el saber político y las buenas acciones ético-morales y sociológicas de las sociedades posteriores a la griega.

Si bien para los griegos, concretamente para Aristóteles, el bien común va de la mano en correspondencia con el bienestar individual y general, no menos cierto es que el bien en esencia es el bien de la colectividad, de la sociedad; porque el bien común implica el bien de la totalidad

de los integrantes del cuerpo social, que en resumen debe identificarse con el bien que requiere y necesitan todas las sociedades.

En consecuencia, toda sociedad, toda comunidad, procura siempre buscar su propia finalidad; esto es, el bien común, su bien común, que tiene una relación directa con el ejercicio de la política como práctica social propia de la naturaleza del hombre, como animal político que es. El ejercicio político penetra cada una de las diferentes acciones humanas y de las demás ciencias o ámbitos de la existencia, buscando con ello un fin, el bien común, como lo ha dicho el estagirita:

Desde el momento que la política se sirve de las demás ciencias prácticas y legisla sobre lo que debe hacerse y lo que debe evitarse, el fin que le es propio abraza los de todas las otras ciencias, al punto de ser por excelencia el bien humano. (Aristóteles, 1982, pp. 3-4).

El hombre, entonces, a pesar que se inclina por consumir prácticas egoístas, tiene también destellos de criatura de bondad, de solidaridad, gracias a su creación divina, a imagen y semejanza de Dios, por tal razón: “es cosa amable hacer el bien a uno solo; pero más bella y más divina es hacerlo al pueblo y las ciudades” (Aristóteles, 1982, p. 4).

Si bien es cierto que el hombre es un ser egoísta por naturaleza, es decir, sin conciencia de ello, también es claro que es un ser de asociación, político, cívico, que requiere compañía, pues no hubiese podido estar completamente sólo, ni en la tierra ni en su propio entorno. Así lo corroboran en efecto las Sagradas Escrituras: “Dijo luego Yahvé Dios: No es bueno que el hombre esté solo. Voy a hacerle una ayuda adecuada” (Gn 2, 18).

Ahora bien, el ser humano no es autosuficiente, autárquico en el caso de los Estados, no se basta a sí mismo; por lo tanto, requiere compañía porque para prescindir de ella debiera ser un dios o un animal irracional y se sabe que no es ninguno de los dos. En su saber y espíritu racional, ha de estar en condición de comprender que:

Único e irrepetible en su individualidad, todo hombre es un ser abierto a la relación con los demás en la sociedad. El con-vivir en la red de nexos que aúna entre sí individuos, familias y grupos intermedios, en relaciones de encuentro, de comunicación y de intercambio, asegura una mejor calidad de vida. El bien común, que los hombres buscan y consiguen formando la comunidad social, es garantía del bien personal, familiar y asociativo. Por estas razones se origina y se configura la sociedad, con sus ordenaciones estructurales; es decir, política, económicas, jurídicas y culturales. Al hombre insertado en la compleja trama de relaciones de la sociedad moderna, la iglesia se dirige con su doctrina social. Con la experiencia que tiene de la humanidad, la Iglesia puede comprenderlo en su vocación y en sus aspiraciones, en sus límites y en sus dificultades, en sus derechos y en sus tareas, y tiene para él una palabra de vida que resuena en las vicisitudes históricas y sociales de la existencia humana. (2007, p. 50).

El hombre no desea estar sólo, salvo pocas excepciones en las que requiere estarlo para organizar sus ideas y actividades a desarrollar durante su existencia. Es un ser de relaciones, de necesidades, de deseos, de pasiones, de apegos y desapegos, de amores y desamores, de fracasos, de alegrías, de tristezas; todo ello vivenciándolo en interacción con el otro, con el cual comparte además la construcción de su felicidad-infelicidad y su concepción de bienestar individual y bien común. Estas concepciones, cuando son materializadas, le benefician a él y a la comunidad en la que planifica y desarrolla el proyecto racional de vida, dignamente.

El bien individual es la cuota inicial para acercarse a la construcción del bien común. Sin embargo, es importante comprender que el bien particular no surge de la nada; se construye a partir de la concepción individual del amor propio como fundamento de los valores individuales proyectados hacia los demás.

El amor propio es un andamiaje que se construye como resultado de una miríada de concepciones éticas y morales que se proyectan en la búsqueda de la felicidad, sustentada en una concepción de libertad que no debe sobrepasar los límites, libertad que debe llegar hasta donde no se cause daño al otro. El ser humano siempre quiere autonomía para realizar lo que desea y esto último lo materializa con su capacidad para actuar deliberadamente, con lo que es propio de su naturaleza y es capaz de hacer; por eso “el hombre a partir de lo que es, y a partir de lo que quiere, establece –subjética y objetivamente- sus valores” (Savater, 1988, p. 18).

Entonces, el bien común, que es inspirado también a partir del descubrimiento del amor por parte de Dios, creador, es el resultado de una praxis que conjuga la fe cristiana con la vida concreta que cada ser humano asume y proyecta en sí y en los demás. La Iglesia ya ha anunciado este proceso al indicar:

Descubriéndose amado por Dios, el hombre comprende la propia dignidad trascendente, aprende a no contentarse consigo mismo y a salir al encuentro del otro, en una red de relaciones cada vez más auténticamente humanas los hombre renovados por el amor de Dios son capaces de cambiar las reglas, la calidad de las relaciones y las estructuras sociales: son personas capaces de llevar paz donde hay conflicto, de construir y cultivar relaciones fraternas donde hay odio, de buscar la justicia donde domina la explotación del hombre por el hombre. Sólo el amor es capaz de transformar de modo radical las relaciones que los seres humanos tienen entre sí. Desde esta perspectiva, todo hombre de buena voluntad puede entrever los vastos horizontes de la justicia y del desarrollo humano en la verdad y en el bien. (2007, p. 18).

En este sentido, se puede entender cómo el hombre tiene la capacidad de dirigir y orientar su vida con calidad; proyectándose hacia los demás mediante el uso de una conciencia racional como potenciadora del bienestar individual y general.

La insistencia del hombre *narciso* que navega en su amor propio, de continuar viviendo en sí y para sí requiere entonces con urgencia una reflexión ética sobre su mismidad, una autoconciencia sobre las múltiples facetas que lo conforman, que lo definen; es decir, sobre lo humano que es. Concretamente, sobre sus pensamientos y actuaciones, las mismas que lo convierten y hacen ver como un ser complejo, pero con posibilidades de evolución.

En esa pretensión o deseos de evolución, el hombre es consciente que su máxima aspiración es la felicidad y su bienestar; pero también llega a tener conciencia de que ambas aspiraciones están ligadas a la coexistencia con el otro. Se puede y se llega a ser egoísta racional; consciente de que la propia felicidad y bienestar dependen de cada cual, las aspiraciones particulares no deben ser óbice para la consecución del bienestar general, del bien común entre los diferentes sujetos. Cuando el hombre asume actitudes egoístas como esencia natural de su amor propio está solicitando también un reconocimiento a su individualidad; ya que desea mostrar de lo que es capaz, haciéndose ver como un sujeto de excelencia que busca la perfección de su esencia humana.

En la reflexión ética sobre su mismidad, el hombre empieza a preguntarse por su felicidad y por su espíritu de egoísmo, planteándose algunas preguntas: ¿Quién soy?, ¿Cuál es la razón de mi existencia?, ¿Por qué y para qué existo?, ¿Qué debo hacer con mi existencia? En torno a éstos interrogantes están otras inquietudes relacionadas con su existencia y no menos importantes: ¿Qué es la felicidad?, ¿Por qué quiero ser feliz?, ¿Para qué quiero ser feliz?, ¿De dónde nace mi egoísmo?, ¿Qué hay de racional en mi egoísmo?, ¿De qué manera mi egoísmo racional fundamenta mi percepción de felicidad o inhibe la concepción del bien común, del bien general en sociedad? Estas dudas son apenas una muestra de las inquietudes que se hace el individuo desde su posición como ser social y racional. Es una aproximación al

autoconocimiento moral de sí mismo, practicando el principio socrático «*γνῶθι σεαυτόν*» – *conócete a ti mismo* – como el origen de una moral individual, fundada en el propio conocimiento para llegar al conocimiento de los otros.

El hombre tiene aspiraciones de ser feliz, de alcanzar la felicidad durante su corta o larga existencia, es claro que la felicidad, aunque es un estado mental ayudado por lo corporal, no puede ser materializada bajo situaciones de penurias y escasez. Por el contrario, es posible ser feliz cuando se disfruta y se goza de las posibilidades que tienen los más favorecidos –entiéndase aquellos que gozan de las necesidades básicas y fundamentales–, además de otras prebendas generadas por sus esfuerzos o por dádivas del Estado, trasegando por una existencia que vale la pena; dichas necesidades deben ser satisfacciones a las que tienen derechos todos los humanos sin distinción y exclusión alguna.

Por lo tanto, felicidad y pobreza no son fácilmente compatibles, salvo algunos casos excepcionales en los que ciertos grupos o individuos optan y deciden ser felices o deciden construirla prescindiendo de la riqueza, de la acumulación de la misma, representadas en diferentes modalidades, renunciando al *tener-ser* por el *llegar-a-ser*. Sin embargo, el estado de pobreza absoluta no ha conducido a la felicidad; al contrario, ha generado resentimientos y violencia, desastres humanos y ecológicos. De ahí que, el bien común se potencia desde el bien individual con proyección progresiva hacia el bien general, del conglomerado social, evitando con ello que las sociedades caigan en el desequilibrio y la desigualdad sociales.

Entonces, ¿qué perspectivas o aristas debe generar el hombre en su individualidad hacia el bien común, si se sabe que es una criatura que necesita de una serie de sensaciones asociadas con los deseos, el placer, el consumo, pero también de un consumo narciso-individualista en el que busca construir una identidad?

Desde la autoconciencia del amor propio, como posibilidad para la construcción del proyecto del bien individual, se precisa el cumplimiento de una miríada de deseos, pasiones, necesidades, ansias y sueños; factores vitales que una vez concretados han de estar en beneficio del bien individual, pero que pueden hacerse efectivos a partir de las reivindicaciones a las que está convocado a vivenciar y disfrutar el individuo. En este proceso práctico vital se construye también el bien común, que es el resultado consecuente del primer paso del hombre que busca inicialmente su propio bien, y poco a poco se proyecta en la construcción del bien que espera el conglomerado como esencia del tejido social. Es decir, es un trabajo en espiral que va de lo particular a lo general, crece y se desarrolla para beneficio de todos.

Desde el momento en que el hombre entra en uso de razón, su primera aspiración como sujeto de necesidades y satisfacciones es la de encontrar sentido a su propia existencia. En uso de su voluntad, el placer y el goce de su vida no son propiamente las fuerzas fundamentales del hombre; ya que ellas no resumirían la historia de la humanidad y mucho menos la de cada hombre en particular. De la misma manera, que el disfrute y el placer no llegan a ser la esencia ni la tendencia definitiva del hombre. Lo que él en verdad busca es el camino para encontrar sentido a su existencia, aquello que le permite ubicarse en el mundo desde los ámbitos corporal, económico, moral, ético y religioso.

Por eso, teniendo como base una autoconciencia que le permite a los seres humanos determinar cómo su existencia puede tener sentido –para vivir conforme a principios que los identifiquen como creaturas racionales, inteligentes, hechos a imagen de su creador–, ellos mismos tienen la responsabilidad y el reto de evolucionar y construir la felicidad.

En consecuencia, la ética auténtica del yo, como estrategia para la construcción de la individualidad que parte de la concepción de la propia dignidad humana, podría ser el primer

componente de una concepción del bien individual. ¿Cómo entender esta concepción ética desde la individualidad? Considérese aquí la concepción de la dignidad, máxima reivindicación de todo ser humano. Para ello es preciso traer a referencia las palabras de Della Mirándola:

Pero, finalmente, me parece haber comprendido por qué es el hombre el más afortunado de todos los seres animados y dignos, por lo tanto, de toda admiración. Y comprendí en qué consiste la suerte que le ha tocado en el orden universal, no sólo envidiable para las bestias, sino para los astros y los espíritus ultramundanos. ¡Cosa increíble y estupenda! ¿Y por qué no, desde el momento que precisamente en razón de ella el hombre es llamado y considerado justamente un gran milagro y un ser animado maravilloso?

Pero escuchen, oh padres, cuál sea tal condición de grandeza y presten, en su cortesía, oído benigno a este discurso mío.

Ya el sumo Padre, Dios arquitecto, había construido con leyes de arcana sabiduría esta mansión mundana que vemos, augustísimo templo de la divinidad.

Había embellecido la región supraceleste con inteligencia, avivado los etéreos globos con almas eternas, poblado con una turba de animales de toda especie las partes viles y fermentantes del mundo inferior. Pero, consumada la obra, deseaba el artífice que hubiese alguien que comprendiera la razón de una obra tan grande, amara su belleza y admirara la vastedad inmensa. Por ello, cumplido ya todo (como Moisés y Timeo lo testimonian) pensó por último en producir al hombre.

Entre los arquetipos, sin embargo, no quedaba ninguno sobre el cual modelar la nueva criatura, ni ninguno de los tesoros para conceder en herencia al nuevo hijo, ni sitio alguno en todo el mundo donde residiese este contemplador del universo. Todo estaba distribuido y lleno en los sumos, en los medios y en los ínfimos grados. Pero no hubiera sido digno de la potestad paterna el decaer ni aun casi exhausta, en su última creación, ni de su sabiduría el permanecer indecisa en una obra necesaria por falta de proyecto, ni de su benéfico amor que

aquél que estaba destinado a elogiar la munificencia divina en los otros estuviese constreñido a lamentarla en sí mismo.

Estableció por lo tanto el óptimo artífice que aquél a quien no podía dotar de nada propio le fuese común todo cuanto le había sido dado separadamente a los otros. Tomó por consiguiente al hombre que así fue construido, obra de naturaleza indefinida y, habiéndolo puesto en el centro del mundo, le habló de esta manera:

-Oh Adán, no te he dado ni un lugar determinado, ni un aspecto propio, ni una prerrogativa peculiar con el fin de que poseas el lugar, el aspecto y la prerrogativa que conscientemente elijas y que de acuerdo con tu intención obtengas y conserves. La naturaleza definida de los otros seres está constreñida por las precisas leyes por mí prescriptas. Tú, en cambio, no constreñido por estrechez alguna, te la determinarás según el arbitrio a cuyo poder te he consignado. Te he puesto en el centro del mundo para que más cómodamente observes cuanto en él existe. No te he hecho ni celeste ni terreno, ni mortal ni inmortal, con el fin de que tú, como árbitro y soberano artífice de ti mismo, te informases y plasmasen en la obra que prefirieses. Podrás degenerar en los seres inferiores que son las bestias, podrás regenerarte, según tu ánimo, en las realidades superiores que son divinas.

¡Oh suma libertad de Dios padre, oh suma y admirable suerte del hombre al cual le ha sido concedido el obtener lo que desee, ser lo que quiera!

Las bestias en el momento mismo en que nacen, sacan consigo del vientre materno, como dice Lucilio, todo lo que tendrán después. Los espíritus superiores, desde un principio o poco después, fueron lo que serán eternamente. Al hombre, desde su nacimiento, el padre le confirió gérmenes de toda especie y gérmenes de toda vida. Y según como cada hombre los haya cultivado, madurarán en él y le darán sus frutos. (Mirándola, 1990).

Della Mirándola ayuda a comprender que, desde el uso de su libertad, el hombre es capaz de forjarse a sí mismo y desarrollar todo su potencial para su propio beneficio y bienestar, el cual

se cultivará según sepa aprovechar todas las facultades de su entendimiento. El precursor del humanismo renacentista, hace consciente que el supremo creador del hombre lo hizo superior por encima de las demás *creaturas* y, como tal, el ser humano se arroja el derecho de vivir bajo condiciones que le sean favorables o, ciertamente, sobre aquellas otras que no colaboren a su crecimiento. En efecto, cada hombre y cada mujer son artífices de su propio destino.

De hecho, cada individuo está convocado a construir su propio bienestar desde el desarrollo y potencialidad de sus facultades, habilidades, destrezas corporales, intelectivas y espirituales, abandonando su orgullo, su egolatría, morigerando sus pasiones corporales y apetitivas de placer, lujuria, poder y otras realidades que se pueden denominar bajo el concepto de pecado, como lo explica el Catecismo de la Iglesia Católica:

El pecado está presente en la historia del hombre: sería vano intentar ignorarlo o dar a esta oscura realidad otros nombres. Para intentar comprender lo que es el pecado, es preciso en primer lugar reconocer el vínculo profundo del hombre con Dios, porque fuera de esta relación, el mal del pecado no es desenmascarado en su verdadera identidad de rechazo y oposición a Dios, aunque continúe pesando sobre la vida del hombre y sobre la historia.

La realidad del pecado, y más particularmente del pecado de los orígenes, sólo se esclarece a la luz de la Revelación divina. Sin el conocimiento que ésta nos da de Dios no se puede reconocer claramente el pecado, y se siente la tentación de explicarlo únicamente como un defecto de crecimiento, como una debilidad psicológica, un error, la consecuencia necesaria de una estructura social inadecuada, etc. Sólo en el conocimiento del designio de Dios sobre el hombre se comprende que el pecado es un abuso de la libertad que Dios da a las personas creadas para que puedan amarle y amarse mutuamente. (Catecismo de la Iglesia Católica, 1997, nn. 386-387).

Desde su naturaleza, como creatura dotada de inteligencia, pero pecaminosa a la vez, cada hombre tiene una obligación *sui generis*; los seres humanos están llamados a hacer valer su

dignidad como creaturas formadas a imagen de Dios, llamados a convivir entre sí, hombre y mujer, para formar una sociedad, es ser social, cívico, de relaciones en las que busca construir mejores estilos de vida para su estado de bienestar individual y colectivo. Por tal razón:

En los designios de Dios, cada hombre está llamado a promover su propio progreso, porque la vida de todo hombre es una vocación dada por Dios para una misión concreta. Desde su nacimiento, ha sido dado a todos como en germen, un conjunto de aptitudes y de cualidades para hacerlas fructificar; su floración, fruto de la educación recibida en el propio ambiente y del esfuerzo personal, permitirá a cada uno orientarse hacia el destino que le ha sido propuesto por el Creador. (Pablo VI, 1967, n. 15).

En consecuencia, tanto en las referencias de Della Mirándola como en las de Pablo VI, se hace evidente de manera argumentativa, que el ser humano fue creado para cumplir una misión propia, muy específica, la de crear y potenciar su propio destino haciendo acopio de sus facultades intelectivas dadas por su Creador. Dicho llamado o convocatoria no termina con su misión o desarrollo de sus aptitudes, pues con éstas surge además el deber de mejorar su entorno, su universo, evolucionando paulatinamente, puesto que:

Dotado de inteligencia y de libertad, el hombre es responsable de su crecimiento, lo mismo que de su salvación. Ayudado y a veces estorbado por los que lo educan y lo rodean, cada uno permanece siempre, sean los que sean los influjos que sobre él se ejercen, el artífice principal de su éxito o de su fracaso: por sólo el esfuerzo de su inteligencia y de su voluntad, cada hombre puede crecer en humanidad, valer más, ser más. (Pablo VI, 1967, n. 15).

Desde el ámbito de la dignidad, las personas están convocadas al uso de la inteligencia como facultad para lograr reivindicaciones que permitan disfrutar de una existencia más placentera, sensata y de una sabiduría en todos los ámbitos como en la salud, educación, familia, laboral y demás. La inteligencia no sólo es una facultad que se utiliza para el aprendizaje común,

sino que debe ser ejercitada además de lo anterior, para alcanzar la vida buena y la sabiduría. Con sabiduría aplicada a las actitudes, acciones cotidianas, deseos, pasiones y proyectos de cada cual, el bien individual se va haciendo realidad. Por eso: “La inteligencia no se limita a la investigación del mundo sensible, sino que alcanza además la realidad inteligible y tiene su cima en la sabiduría” (Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 1965, n.15).

Considérese, entonces, que la inteligencia es una facultad de la razón que generalmente está ayudada por el uso particular de la libertad; es el libre albedrío brindado por la gracia divina para que, en el uso de la misma, el hombre sepa de manera consciente hacia donde orientar sus intereses individuales. Aunque se sabe –como se sostuvo anteriormente–, que todo ser racional busca la felicidad y para ello goza de plena libertad en esta búsqueda, por eso:

El hombre puede orientarse hacia el bien solamente basándose en su libertad; ésta no significa obrar según el propio capricho, sino tender al fin propio con elección libre del bien, lo cual desde el pecado original no puede realizarse sin la ayuda de la gracia (Concilio Vaticano II, *Gaudium et spes*, 1965, n.17).

1.5. Del Bien Individual Al Bien Común.

Entonces, el ser humano como creatura compleja goza de la libertad que lo catapulta a la realización de acontecimientos que están a su favor, con proyección hacia la comunidad; porque él se debe, en esencia, al grupo que lo representa y a quien se corresponde como miembro único, esencial, vital, artífice. Individualmente no conforma comunidad; pero cuando tiene interés en mejorar y llevar a la praxis sus acciones individuales y filantrópicas, le es posible pensar y actuar en correspondencia hacia los otros, como sujeto de sociedad y de asociación.

El amor propio, si bien es cierto es producto de un egoísmo racional –no aquel injurioso sino el que es noble, que es usado, como indica Aristóteles, por los hombres virtuosos (cf. *Ética*

a Nicómaco, L. IX. Cap. VIII) –, es también una actitud que busca el bienestar individual en la misma dirección que desea que los demás seres que le rodean sean también racionales y tengan la facultad de disfrutar cada cual de su potencial bienestar.

En el afán de buscar el amor propio como una posibilidad altruista para hallar un bienestar personal o individual, si se quiere egoísta, cada individuo se da a la tarea de propugnar y defender unos principios éticos que coadyuven a la consolidación de una vida buena; iniciándose con ello el bien individual, el cual puede ser la cuota inicial o primer avance para proyectar, o al menos pensar, en el bien común. Así abandona los intereses mezquinos que conlleva al amor propio, aunque necesario, para pensar de manera altruista en pro del bien de todos. Es necesario, por tanto, que cada individuo decida renunciar a sus comportamientos egoístas para edificar una ética universal, colectiva, que se dirija a generar un bienestar global.

En este sentido, la solicitud que se le hace a cada hombre que piense en el bienestar y respeto por el otro, en el bien para sus semejantes, implica la consolidación de ciertos comportamientos éticos, que pueden circunscribirse en este caso particular a unos criterios éticos universales, o por lo menos que comprendan a gran parte de la población del contexto en el que se desenvuelve cada sujeto, a saber: el reconocimiento, que puede entenderse como reminiscencia de sí y a la vez del otro; la reciprocidad, como valor que enriquece el acervo cultural y moral de la sociedad; la compasión como virtud humana que ayuda a entender la situación del otro; la coherencia, como valor que permite actuar conforme a principios éticos justos; la actitud propositiva, entendida como potenciación humana, y finalmente la excelencia, como búsqueda para evolucionar.

El Reconocimiento hacia el otro es un acto benevolente de humanidad universal, reconociendo en él una valiosa compañía para la interrelación en aras de mejores sociedades,

mundos y bien común. Este criterio debe partir del reconocimiento del otro, hacia el otro, desde la individualidad como sujeto, comprendiendo a la vez su dignidad como ser valioso, sujeto de derechos y deberes; lo cual le permite su reivindicación como ser espiritual. Así lo indicó Juan XXIII: “Entre las exigencias fundamentales del bien común hay que colocar necesariamente el principio del reconocimiento del orden moral y de la inviolabilidad de sus preceptos” (carta encíclica *Pacem in Terris*, 1963, n. 85).

La reciprocidad como valor ético implica una demanda y una obligación de correspondencia entre individuos que buscan el bien para todos, el cumplimiento de deberes y derechos que fundamenten y solidifiquen las relaciones interpersonales y la convivencia. Este proceso genera mejores formas de vida, se produce una correspondencia mutua entre las acciones de cada uno de los actores de la sociedad. La obligación radica en el compromiso que le asiste a cada individuo para lograr su bienestar; pensando a la vez en la posibilidad de generar, con sus ideales, espacios para el bien general de una inmensa mayoría, ojalá para todos. Dicha obligación es un llamado que le asiste a cada individuo que aspire a vivir en una sociedad cuyas políticas sean las de brindar a sus miembros una posibilidad de existencia buena.

La reciprocidad, por su parte, se comprende como la posibilidad que tiene cada ser racional, todo ser pensante, de dar de sí y de recibir; con el fin que sus acciones, sus pensamientos y sus proyectos sean beneficiosos para ellos mismos y para los otros. Reciprocidad es un don del creador para que los hombres se amen y se cuiden entre sí, poniendo en la praxis del amor algunos principios de la tabla de los diez mandamientos, entre ellos: *no matarás* y *no robarás*, obedeciendo al principio ético de *no hagas a nadie lo que no quieras que te hagan*. La reciprocidad se fundamenta en el principio ético según el cual el hombre siempre debe ser el fin del bienestar individual y colectivo y nunca el medio. En este sentido, Juan Pablo II ha indicado:

El Creador ha confiado la vida del hombre a su cuidado responsable, no para que disponga de ella de modo arbitrario, sino para que la custodie con sabiduría y la administre con amorosa fidelidad. El Dios de la Alianza ha confiado la vida de cada hombre a otro hombre hermano suyo, según la ley de la reciprocidad del dar y del recibir, del don de sí mismo y de la acogida del otro. En la plenitud de los tiempos, el Hijo de Dios, encarnándose y dando su vida por el hombre, ha demostrado a qué altura y profundidad puede llegar esta ley de la reciprocidad. Cristo, con el don de su Espíritu, da contenidos y significados nuevos a la ley de la reciprocidad, a la entrega del hombre al hombre. El Espíritu, que es artífice de comunión en el amor, crea entre los hombres una nueva fraternidad y solidaridad, reflejo verdadero del misterio de recíproca entrega y acogida propio de la Santísima Trinidad. El mismo Espíritu llega a ser la ley nueva, que da la fuerza a los creyentes y apela a su responsabilidad para vivir con reciprocidad el don de sí mismos y la acogida del otro, participando del amor mismo de Jesucristo según su medida. (Juan Pablo II. *Carta encíclica Evangelium Vitae*, n.76).

Otro de los criterios éticos, que convocan al ciudadano que tiene como proyecto ser feliz y potenciar su propio bienestar es el de la compasión como valor humano, que se fundamenta en la comprensión y en la empatía por el sufrimiento de los demás. Hombres y mujeres tienen la facultad de practicar la compasión como facultad humana que permite entender el sufrimiento ajeno, en un acto de gran bondad por el bien ajeno y en aras de que quien lo padece, se sienta acompañado y acogido por el otro. Todo ser racional está invitado a practicar la compasión desde su propia experiencia, lo cual se convierte en el principio de todo compromiso moral individual.

La compasión no puede ser un sentimiento en el que se sienta lástima o pesar por el otro, es más que eso. Es preocuparse por lo que le pasa al otro. Es ponerse en la situación o lugar del

otro. Su ausencia conlleva a la mutilación de la bondad humana y no practicarla conduce a la imbecilidad humana. Así lo clarifica también el actual pontífice:

No puede ser real un sentimiento de íntima unión con los demás seres de la naturaleza si al mismo tiempo en el corazón no hay ternura, compasión y preocupación por los seres humanos. Es evidente la incoherencia de quien lucha contra el tráfico de animales en riesgo de extinción, pero permanece completamente indiferente ante la trata de personas, se desentiende de los pobres o se empeña en destruir a otro ser humano que le desagrade. Esto pone en riesgo el sentido de la lucha por el ambiente. No es casual que, en el himno donde san Francisco alaba a Dios por las criaturas, añade lo siguiente: «Alabado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor». Todo está conectado. Por eso se requiere una preocupación por el ambiente unida al amor sincero hacia los seres humanos y a un constante compromiso ante los problemas de la sociedad (Francisco, carta encíclica *Laudato Si'*, 2015, n. 91).

Las palabras del Papa Francisco dan cuenta de lo imprescindible que resulta la necesidad de la práctica y consolidación de un valor ético esencial como es la compasión tanto hacia los hombres, como a los animales y el medio ambiente en que vivimos. Esto implica la práctica del amor entre semejantes. Todo esta interconectado –como se ha indicado en la primera parte de la introducción de esta propuesta argumentativa–, y por lo tanto no se puede desintegrar el discurso en partes disímiles. La misma razón nos ofrece la posibilidad de captar que todos somos importantes, que la creación entera y cada organismo que la constituye ocupa su propio lugar y tiene derecho a ser respetado, tenido en cuenta, acogido y compadecido. El mismo cuidado que merece el medio ambiente, los animales y en general el ecosistema, ha de ser procurado y, por su puesto con mayor dedicación, hacia la creatura superior y más noble como es el hombre.

Otro elemento en procura de establecer la realización del bien individual es el de la coherencia como un valor ético, que establece un conjunto de principios que implican la búsqueda de un equilibrio entre el pensar y el actuar. No en vano los valores éticos conforman un *corpus* cuyas partes requieren de un equilibrio y un apoyo mutuo y, por tanto, el bien como camino para lograr una existencia rodeada de bienestar. Esta existencia se genera también desde otras instancias, siendo coherentes con los principios morales y el actuar desde una perspectiva individualista; que se presenta a partir de la búsqueda de una vida que procura un mundo mejor, desde el propio mundo de cada individuo, entre buenos pensamientos y acciones que también lo sean; ayudando de esa manera a construir un bienestar para todos.

Una moral y una ética sobresalientes, que pretendan ser modelo para otros, no pueden darse el lujo de ser unilaterales; al contrario, han de ser consistentes, perennes en sus determinaciones. Esto se puede captar en el sentido de que el bienestar y el progreso no se logran sin entender la coherencia entre las ideas buenas, éticas, transparentes, y las acciones en la misma línea. El progreso no es y no puede ser impersonal, debe tener responsables, dolientes, y ese doliente es el hombre partícipe de la sociedad. Precisamente, Benedicto XVI nos ofrece ideas importantes para desarrollar este valor ético:

El desarrollo es imposible sin hombres rectos, sin operadores económicos y agentes políticos que sientan fuertemente en su conciencia la llamada al bien común. Se necesita tanto la preparación profesional como la coherencia moral. Cuando predomina la absolutización de la técnica se produce una confusión entre los fines y los medios, el empresario considera como único criterio de acción el máximo beneficio en la producción; el político, la consolidación del poder; el científico, el resultado de sus descubrimientos. Así, bajo esa red de relaciones económicas, financieras y políticas persisten frecuentemente incomprensiones, malestar e injusticia; los flujos de conocimientos técnicos aumentan, pero en beneficio de sus

propietarios, mientras que la situación real de las poblaciones que viven bajo y casi siempre al margen de estos flujos, permanece inalterada, sin posibilidades reales de emancipación.

(*Carta encíclica Caritas in Veritate*, 2009, n.71).

La coherencia, entonces, como principio ético, es fundamental para luchar por una vida buena, por un bienestar particular y general.

El quinto momento ético que posibilita el bienestar individual es la potenciación de una actitud propositiva; ya que la grandeza de la ética radica en ampliar las posibilidades de realización de los proyectos racionales de cada individuo y de la colectividad. La potenciación es esa facultad racional de la que nos habló Aristóteles como posibilidad de cambio, como actitud para no permanecer estáticos sino evolucionando para materializar los intereses y proyectos de cada cual, llegando a convertirlos en acto, esto es, materializarlos para hacerlos extensivos a todos los demás.

Con la potenciación propositiva el proyecto del bienestar individual consiste en la praxis de los cuatro principios éticos anteriores, creyendo que es posible una mejor existencia individual y un mejor mundo para la colectividad. La potenciación de los valores presenta la tendencia esencial de acrecentar las posibilidades de progreso a partir de la materialización de los proyectos individuales, familiares y colectivos en sentido altruista, buscando la plenitud del bienestar y la felicidad terrenal supremas.

Esta acción ética se puede cumplir mediante la ejercitación de las facultades intelectivas y el aprovechamiento de los recursos que brinda la naturaleza, que está llena de armonía. La creación, ciertamente, posibilita al hombre usufructuarse de ella, cuidándola, restaurándola y renovándola. El progreso y bienestar son concomitantes con el aprovechamiento de los bienes terrenales, pero bajo el respeto hacia los mismos. Es este sentido ha indicado Pablo VI:

Resulta así que el crecimiento humano constituye como un resumen de nuestros deberes. Más aún, esta armonía de la naturaleza, enriquecida por el esfuerzo personal y responsable, está llamada a superarse a sí misma. Por su inserción en el Cristo vivo, el hombre tiene el camino abierto hacia un progreso nuevo, hacia un humanismo trascendental que le da su mayor plenitud; tal es la finalidad suprema del desarrollo personal. (1967, n. 16).

En consecuencia, una vez más se evidencia que el hombre, como creatura dotada de inteligencia y razón, tiene a su favor toda una miríada de facultades que puede potenciar para hacer de su existencia y del mundo, o medio en que transcurre la misma, un paraíso terrenal acorde con sus necesidades e intereses, dejando a un lado sus intereses egoístas –Aquellos vulgares, según Aristóteles, que no están regidos por la razón–. En efecto, también según las Sagradas Escrituras, existe un camino positivo para la humanidad que conduce al progreso y a la renovación mediante utopías posibles referidas al bien común:

«Llenad la tierra, y sometedla» (Gn 1, 28). La Biblia, desde sus primeras páginas, nos enseña que la creación entera es para el hombre, quien tiene que aplicar su esfuerzo inteligente para valorizarla y, mediante su trabajo, perfeccionarla, por decirlo así, poniéndola a su servicio. Si la tierra está hecha para procurar a cada uno los medios de subsistencia y los instrumentos de su progreso, todo hombre tiene el derecho de encontrar en ella lo que necesita. (1967, n. 22).

Finalmente, el último criterio ético, que permite el bienestar individual y colectivo, es el de la praxis de la excelencia como una actitud que faculta una vocación personal que debe ser constante, permanente en la personalidad de cada individuo, tanto en lo ético como en lo moral. Se desarrolla sobre la búsqueda de la perfección, no como competencia con el otro –ya que ello sería vanidad y egolatría, y dejaría ser auténtico y coherente–; sino como el esfuerzo para superar

las limitaciones propias, mediante un camino en el que se identifiquen fortalezas, necesidades y falencias, y se procure un proyecto de solución o mejoramiento.

La excelencia se potencia cuando el hombre se promueve a sí mismo como ser integral que busca el bien suyo, pero también el bien común. No basta sólo con el desarrollo económico-social del hombre. Enfatizar únicamente en las satisfacciones corporales corre el peligro de descuidar la dimensión espiritual propia también del constitutivo humano. “El desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Para ser auténtico, debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre” (1967, n.14).

La Excelencia como posibilidad potencial para el logro de la perfección, implica una praxis exigente de los cinco principios éticos anteriores; por cuanto este último criterio los resume y los comprende a todos, en la medida en que para la excelencia y la perfección el hombre requiere del uso sabio y consciente de su inteligencia y capacidad racional para comportarse como un ser integral y ejemplar. Es aquí donde su capacidad intelectual se apropia del proceso de progreso individual y colectivo, desde el desarrollo económico, generando una corresponsabilidad con el bienestar general de la humanidad; por eso:

La industrialización es al mismo tiempo señal y factor del desarrollo. El hombre, mediante la tenaz aplicación de su inteligencia y de su trabajo, arranca poco a poco sus secretos a la naturaleza y hace un uso mejor de sus riquezas. Al mismo tiempo que disciplina sus costumbres, se desarrolla en él el gusto por la investigación y la invención, la aceptación del riesgo calculado, la audacia en las empresas, la iniciativa generosa y el sentido de responsabilidad (1967, n. 25).

1.6. Perspectivas.

Los hombres y mujeres tienen frente a sí, como don del creador, toda la capacidad de renovar constantemente el mundo, de construir felicidad y bienestar para todos, de potenciar la

creación y potenciarse a sí mismos, de embellecer la realidad, de ser constructores y no destructores de la armonía universal. Esto implica poner en marcha su creatividad, su responsabilidad, el gran poder de la propia razón. El hombre, como afirma Aristóteles, es *ζῷον πολιτικόν* y, a diferencia de los demás animales, posee el *λόγος*; estas características propias de su constitución son sin lugar a dudas la mayor prueba que el bien común es posible cuando se hace uso de los principios racionalmente humanos.

Como se ha indicado en el desarrollo de esta primera parte, que introduce los elementos generales del bien común, se puede resaltar que cada ser humano anhela, desde el dictado de la razón, vivir bien, en condiciones dignas, justas, equilibradas, gozando de los bienes básicos para la vida buena y, a partir de este provecho individual, las condiciones posibilitan el empeño de todos por construir un bienestar común, en el que los miembros del conglomerado social sean más felices o al menos puedan vivir en condiciones más placenteras, más gratificantes.

La anterior posición no excluye la realidad integral del ser humano porque:

[...] El hombre es realmente él mismo cuando cuerpo y alma forman una unidad íntima; el desafío del *eros* puede considerarse superado cuando se logra esta unificación. Si el hombre pretendiera ser sólo espíritu y quisiera rechazar la carne como si fuera una herencia meramente animal, espíritu y cuerpo perderían su dignidad. Si, por el contrario, repudia el espíritu y por tanto considera la materia, el cuerpo, como una realidad exclusiva, malogra igualmente su grandeza. El epicúreo Gassendi, bromeando, se dirigió a Descartes con el saludo: «¡Oh Alma!». Y Descartes replicó: «¡Oh Carne!». Pero ni la carne ni el espíritu aman: es el hombre, la persona, la que ama como criatura unitaria, de la cual forman parte el cuerpo y el alma. Sólo cuando ambos se funden verdaderamente en una unidad, el hombre es plenamente él mismo. Únicamente de este modo el amor —el *eros*— puede madurar hasta su verdadera grandeza (Benedicto XVI, 2005, n. 5).

Así entendido, viene bien afirmar entonces que no estamos hablando de dos realidades que se contraponen en la constitución del ser humano; al contrario, se valora la persona como unidad indivisa y se vinculan también al desarrollo de los pueblos las relaciones vitales fundamentales de la existencia humana. El hombre es un todo único capaz de trascendencia, que lo invita a salir del *yo* para encontrarse con el *otro* semejante y juntos poder construir para todos. Separar la condición humana, desintegrar la unicidad del ser humano conduce al desequilibrio natural, al caos, a la desorganización incluso de la sociedad.

Por eso, en esta especificación conceptual de las relaciones humanas, el papa Benedicto XVI propone dar el paso del *Ἔρως (eros)* al *ἀγάπη (agapé)*, éste último permite en efecto una nueva concepción del amor que integra toda la estructura humana. Así lo indica el papa emérito:

Los antiguos griegos dieron el nombre de *eros* al amor entre hombre y mujer, que no nace del pensamiento o la voluntad, sino que en cierto sentido se impone al ser humano. Digamos de antemano que el Antiguo Testamento griego usa sólo dos veces la palabra *eros*, mientras que el Nuevo Testamento nunca la emplea: de los tres términos griegos relativos al amor — *eros*, *philia* (amor de amistad) y *agapé*—, los escritos neotestamentarios prefieren este último, que en el lenguaje griego estaba dejado de lado. El amor de amistad (*philia*), a su vez, es aceptado y profundizado en el Evangelio de Juan para expresar la relación entre Jesús y sus discípulos. Este relegar la palabra *eros*, junto con la nueva concepción del amor que se expresa con la palabra *agapé*, denota sin duda algo esencial en la novedad del cristianismo, precisamente en su modo de entender el amor (2005, n. 3).

Así, entonces, *ἀγάπη (agapé)* viene a ser la expresión propia para referirnos a la relación interpersonal, «este vocablo expresa la experiencia del amor que ahora ha llegado a ser verdaderamente descubrimiento del otro, superando el carácter egoísta que predominaba claramente en la fase anterior. Ahora el amor es ocuparse del otro y preocuparse por el otro. Ya

no se busca a sí mismo, sumirse en la embriaguez de la felicidad, sino que ansía más bien el bien del amado: se convierte en renuncia, está dispuesto al sacrificio, más aún, lo busca» (ibíd., n. 6).

En efecto, en este proceso vital y decisivo de la consecución del Bien Común juega un papel importante también la solidaridad y la subsidiaridad del individuo como sujeto de asociación y de civismo. Estas dos categorías hacen parte de la participación que también es un don connatural de la persona, y se convierten en valor agregado que posibilitan la construcción de un mundo mejor. Estas cualidades no son inventos caprichosos de la cultura ideológica y mucho menos caprichos humanos, se dan porque es una característica humana:

Consecuencia característica de la subsidiaridad es la participación, que se expresa, esencialmente, en una serie de actividades mediante las cuales el ciudadano, como individuo o asociado a otros, directamente o por medio de los propios representantes, contribuye a la vida cultural, económica, política y social de la comunidad civil a la que pertenece. La participación es un deber que todos han de cumplir conscientemente, en modo responsable y con vistas al bien común (Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, 2007, p. 123).

Se comprende, pues, el amplio horizonte del bien común que encierra la realidad y el compromiso de cada hombre y mujer, desde su participación solidaria y subsidiaria, en aras de promover una mejor convivencia y estilos de vida incluyentes, armónicos, saludables, racionales, integrales, sobre todo felices y benéficos para todos. El bien común inicia a construirse, evidentemente, a partir del bien individual. Es un camino procesual que incluye a todos y a cada uno. Es un derecho y es un deber.

Insistir en la voluntad individual del ser humano no significa negar su compromiso normativo; al contrario, se enfatiza su individualidad para afianzar también su realidad relacional:

[...] Ésta subjetividad no encierra al hombre en sí mismo, no hace de él una mónada impenetrable, al contrario, lo abre de una manera particular a la otra persona [...] las unas y las otras [relaciones interpersonales de mónadas personales] consisten en una apertura, las unas y las otras se configuran sobre el plano de la trascendencia propia de la persona. La relación ‘yo-tu’ abre directamente el hombre al hombre. Participar significa, en éste caso, volverse al otro ‘yo’ sobre la base de la trascendencia personal, volverse, por consiguiente, a la verdad plena del hombre, y por consiguiente, en éste sentido, a la humanidad. (Wojtyla, 2005, pp. 102-104).

Este concepto de subjetividad brindado por Karol Wotyla (Juan Pablo II) favorece evidentemente el discurso del bien común a partir del bien individual, porque cuando el hombre se reconoce como persona es capaz de trascender su condición individual y abrirse al encuentro con el otro para establecer relaciones de correspondencia mutua. Y de este maridaje humano nace la normatividad como posibilidad de orden y realización del bien común.

Es en este sentido que la Iglesia católica al modelar un recurso normativo no está cancelando la libertad; al contrario, propone un uso más adecuado y justo de la libertad humana, para el bien de todos.

Es en esta perspectiva sobre la cual ha insistido el autor africano Mbiti, citado precisamente para abrir la introducción general, en la dependencia entre ‘yo-tu’, en la interconexión del entramado social. Mbiti lo expresa con mayor practicidad al relacionar la manera de proceder de la cultura *Akamba* con uno de los textos de la Sagrada Escritura que hace referencia a la labor del pastoreo:

The term [shepherd] speaks of caring, feeding, nourishing, protecting, guiding, and looking after the welfare of the flocks and individual sheep, goats and cattle. In Akamba culture, this is a very meaningful word and occupation. The people are keepers of cattle,

sheep and goats. In traditional life, everyone takes part in caring (shepherding) for the animals. That is a pleasant, honourable and rewarding occupation. It supports life and serves as a source of livelihood for the families. Biblical texts like Psalm 23 (The Lord is my Shepherd) or Jesus being the Good Shepherd (and cattle keeper) carries a wooden staff (rod or stick) which he or she uses to lead the sheep, goats, and cattle to guide them, and separate them if need be (where a flock is made up of animals from different families), and to defend the animals against enemy attack (jackals, hyenas, leopards, etc.). (Mbiti, *Challenges of Language, Culture and Interpretation in Translating the Greek New Testament*, 2009, p. 156).

Mbiti, al afirmar que en la vida cotidiana de este pueblo “todos participan en el cuidado (pastoreo) de los animales” deja ver cómo la contribución, el empeño de cada uno de los miembros del pueblo ayuda a proteger la vida de los animales y por tanto al cuidado, alimento y sobrevivencia de todos. Encontramos en este “acontecimiento cultural” una adecuada y equilibrada visión de lo que significa vivir en comunidad y asumir libremente reglas que benefician a todos. He aquí por qué insistir en la voluntad individual que favorece el bien común.

2. La Iglesia Católica, Dinamizadora Del Bien Común.

2.1. Un Camino De Veintiún Siglos De Historia.

Todo el devenir de los hombres, de los grupos humanos, de las sociedades es histórico. En primera instancia, por historia se entiende unos recuerdos, acontecimientos que han tenido causas y efectos de hechos sucedidos en el tiempo y que factiblemente se pueden comprobar o verificar. Un gran historiador del siglo XX lo hace más creíble y evidente al afirmar que: “La historia consiste en un cuerpo de hechos verificados. Los hechos los encuentra el historiador en los documentos, en las inscripciones...” (Carr, 2010, p. 79). Pero no siendo suficiente esta primera concepción sobre el concepto en cuestión, el historiador inglés es bien claro al aseverar:

Mi primera contestación a la pregunta de qué es la Historia será pues la siguiente: un proceso continuo de interacción entre el historiador y sus hechos, un diálogo sin fin entre el presente y el pasado. (Carr, 2010, p. 98).

La historia como disciplina y concepto suele ser definida como desarrollo y estudio de los acontecimientos, sucesos o hitos del pasado, los cuales tienen unas causas y efectos que merecen ser conocidos y analizados para poderlos comprender. En la definición de este concepto, el papel del individuo como artífice es fundamental puesto que en el devenir de las ciencias sociales –la Historia es una de ellas- son necesarias tres grandes categorías, a saber: tiempo, espacio y grupos humanos. Luego el hombre como sujeto de acciones hace parte de ésta última categoría. En ese orden de ideas la Historia sucede en un tiempo, un espacio y con un protagonista esencial, el ser humano. En esta perspectiva, la Iglesia como institución no es ajena a una concepción histórica, con lo que implican las tres categorías mencionadas.

Desde los tiempos de la historia cristiana la Iglesia ha cumplido un papel importante en la educación religiosa, espiritual y humana de las personas, en su gran recorrido con aciertos decisivos y múltiples.

Se puede admitir que las comunidades de creyentes partícipes de la Iglesia católica han sido testimonio creíble y han elaborado un camino prodigioso durante veintiún siglos; no se desconoce tampoco aquellos momentos de incertidumbre y limitaciones que han llevado a menoscabar su compromiso de autoridad moral. Sin embargo, todo este marco de sucesos hace parte de la historia eclesial que al mismo tiempo debe ser leída con objetividad.

Ciertamente, al leer la historia y con mayor énfasis la historia de la Iglesia católica, en muchos ambientes sociales se tiende a resaltar más las acciones erradas, el mal en general, y se escribe y se divulga lo que concretamente ha sido motivo de error y daño. El pecado, las malas acciones, las faltas cometidas evidentemente son más escandalosas, tienen más renombre, difusión y daño a los ojos y oídos de los humanos, en tanto que el bien continúa su camino silencioso, modesto, sin llamar la atención ni hacer propaganda. Con esto no se pretende esconder el mal cometido, al contrario se debe sacar a la luz, se debe reparar y sobre todo corregir. Sin embargo, durante dos mil años de historia, también hay acciones dignas de admirar de parte de la Iglesia que han ayudado al desarrollo y la estabilidad humana; por ejemplo, el aporte de la doctrina social, que se viene exponiendo, es una de estas positivas contribuciones:

La Iglesia, signo en la historia del amor de Dios por los hombres y de la vocación de todo el género humano a la unidad en la filiación del único Padre, con este documento sobre su doctrina social busca también proponer a todos los hombres un humanismo a la altura del designio de amor de Dios sobre la historia, un humanismo integral y solidario, que pueda animar un nuevo orden social, económico y político, fundado sobre la dignidad y la libertad de toda persona humana, que se actúa en la paz, la justicia y la solidaridad. Este

humanismo podrá ser realizado si cada hombre y mujer y sus comunidades saben cultivar en sí mismos las virtudes morales y sociales y difundirlas en la sociedad, “de forma que se conviertan verdaderamente en hombre nuevos y en creadores de una nueva humanidad con el auxilio necesario de la divina gracia (Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, 2007, p. 25).

Así, pues, no en vano, aún en medio de las profundas heridas y dificultades sufridas, la función de la Iglesia ha sido y continuará siendo una labor humanizante que busca alejar a hombres y mujeres del fondo de sus tristezas y constantes penurias, conduciéndolas por el recto camino hacia la plenitud eterna, por eso su labor no es siembra en terreno yermo. De hecho:

A la identidad y misión de la Iglesia en el mundo, según el proyecto de Dios realizado en Cristo, corresponde “una finalidad escatológica y de salvación, que sólo en el siglo futuro podrá alcanzar plenamente”. Precisamente por esto, La iglesia ofrece una contribución original e insustituible con la solicitud que la impulsa a hacer más humana la familia de los hombres y su historia y a ponerse como baluarte contra toda tentación totalitaria, mostrando al hombre su vocación integral y definitiva (2007, p. 44).

2.2. La Persona Humana Y El Respeto Por La Vida.

En primera instancia se precisa señalar que el eje fundamental a partir del cual la Iglesia está convocada a implementar el bien común es la defensa y promoción de la vida, como esencia y baluarte principal del cual deben depender los otros ejes fundamentales o dimensiones de la persona, los cuales tienen elementos teóricos valiosísimos para la defensa de la vida y construcción del bien común desde las acciones particulares de los hombres y mujeres que hacen parte de la Iglesia católica.

Aparece la promulgación y defensa de la vida como un don preciado que le ha dado Dios al hombre a partir del cual se generan todas las acciones que permiten la proyección del ser

humano hacia niveles mejores de su existencia. Desde la defensa y promoción consciente del don de la vida será posible pensar en la construcción del hombre del presente siglo y de los tiempos venideros.

La vida y el derecho a ella se consolida como baluarte de todas las Declaraciones de Derechos en las que se exige defenderla y respetarla, incluso también la de los animales y la de todos los seres vivos que habitan esta tierra. Aparece además el derecho a la vida instituido en la Carta Magna de Colombia como el primer derecho fundamental a defender y promulgar, ya que de la vida depende todo lo que puede ser o llegar a ser. En ese orden de ideas:

El hombre está llamado a una plenitud de vida que va más allá de las dimensiones de su existencia terrena, ya que consiste en la participación de la vida misma de Dios. Lo sublime de esta vocación sobrenatural manifiesta la *grandeza* y el *valor* de la vida humana incluso en su fase temporal. En efecto, la vida en el tiempo es condición básica, momento inicial y parte integrante de todo el proceso unitario de la vida humana. Un proceso que, inesperada e inmerecidamente, es iluminado por la promesa y renovado por el don de la vida divina, que alcanzará su plena realización en la eternidad (cf. *1 Jn* 3, 1-2). Al mismo tiempo, esta llamada sobrenatural subraya precisamente el *carácter relativo* de la vida terrena del hombre y de la mujer. En verdad, esa no es realidad «última», sino «penúltima»; es *realidad sagrada*, que se nos confía para que la custodiamos con sentido de responsabilidad y la llevemos a perfección en el amor y en el don de nosotros mismos a Dios y a los hermanos (Juan Pablo II, 1995, n. 2).

Entonces, a la Iglesia le convoca la defensa de la vida de todos los hombres y mujeres, así como de todos los seres que habitan la tierra y tienen tanto derecho como los seres humanos. Por eso:

La Iglesia, escrutando asiduamente el misterio de la Redención, descubre con renovado asombro este valor y se siente llamada a anunciar a los hombres de todos los tiempos este

«evangelio», fuente de esperanza inquebrantable y de verdadera alegría para cada época de la historia. El Evangelio del amor de Dios al hombre, el Evangelio de la dignidad de la persona y el Evangelio de la vida son un único e indivisible Evangelio. Por ello el hombre, el hombre viviente, constituye el camino primero y fundamental de la Iglesia ((Juan Pablo II, 1995, n. 2).

Se hace evidente desde la introducción de la encíclica *Evangelium Vitae* la convocatoria de Juan pablo II a cumplir con el llamado del Evangelio, el cual no tiene otra intención particular que la defensa de la vida; de tal manera que no hay duda en considerar que:

Todo lo que se opone a la vida, como los homicidios de cualquier género, los genocidios, el aborto, la eutanasia y el mismo suicidio voluntario; todo lo que viola la integridad de la persona humana, como las mutilaciones, las torturas corporales y mentales, incluso los intentos de coacción psicológica; todo lo que ofende a la dignidad humana, como las condiciones inhumanas de vida, los encarcelamientos arbitrarios, las deportaciones, la esclavitud, la prostitución, la trata de blancas y de jóvenes; también las condiciones ignominiosas de trabajo en las que los obreros son tratados como meros instrumentos de lucro, no como personas libres y responsables; todas estas cosas y otras semejantes son ciertamente oprobios que, al corromper la civilización humana, deshonran más a quienes los practican que a quienes padecen la injusticia y son totalmente contrarios al honor debido al Creador. (1995, n. 3).

Cuando los crímenes de esta índole o lesa humanidad son perpetuados por el hombre como ser racional, moral y ético pierde toda su esencia y gracia divina, deteriorando la esencia del don máspreciado de todo ser vivo, su existencia. Es claro que los atentados contra la vida no permiten la evolución moral y ética de la misma, al contrario, la atrasan. Los hombres y mujeres que son miembros de la Iglesia y se identifican con ella no pueden arrojarse el derecho de atentar contra la existencia humana, tampoco de los animales y de la naturaleza en general, Por eso:

En la actualidad, todo esto provoca un cambio profundo en el modo de entender la vida y las relaciones entre los hombres. El hecho de que las legislaciones de muchos países, alejándose tal vez de los mismos principios fundamentales de sus Constituciones, hayan consentido no penar o incluso reconocer la plena legitimidad de estas prácticas contra la vida es, al mismo tiempo, un síntoma preocupante y causa no marginal de un grave deterioro moral. Opciones, antes consideradas unánimemente como delictivas y rechazadas por el común sentido moral, llegan a ser poco a poco socialmente respetables. La misma medicina, que por su vocación está ordenada a la defensa y cuidado de la vida humana, se presta cada vez más en algunos de sus sectores a realizar estos actos contra la persona, deformando así su rostro, contradiciéndose a sí misma y degradando la dignidad de quienes la ejercen. En este contexto cultural y legal, incluso los graves problemas demográficos, sociales y familiares, que pesan sobre numerosos pueblos del mundo y exigen una atención responsable y activa por parte de las comunidades nacionales y de las internacionales, se encuentran expuestos a soluciones falsas e ilusorias, en contraste con la verdad y el bien de las personas y de las naciones. (1995, n.4).

Analícese aquí la profundidad y grandeza que contienen las palabras de Juan Pablo II, quien argumenta con su sabida claridad y entendimiento lo dañino y lamentable que ha resultado para la especie humana en general los crímenes contra la vida, en muchas ocasiones avaladas por las instituciones estatales y privadas, para las cuales nunca se dan soluciones ya que sólo se mencionan en los medios informativos quedando en los anaqueles de la historia, especialmente en los archivos de dichos medios.

Con los atropellos del hombre contra el hombre, la concepción de la dignidad humana como máxima aspiración a reivindicar se deteriora y como consecuencia se deteriora también la moral, ese catalizador de las acciones buenas o malas, correctas o incorrectas a los ojos de los seres humanos. Y entonces qué le corresponde a la conciencia, ese juez que dice o dictamina

quién actúa correcta e incorrectamente y que durante la existencia se convierte en el verdadero juez de todo individuo. Ante las anteriores premisas surge un interrogante pertinente: ¿Qué propuesta convoca a la Iglesia desde la Doctrina Social?

2.3. La Doctrina Social, De La Teoría A La Praxis.

Es evidente que los tiempos han ido cambiando y evolucionando. Nada permanece estático para siempre. Lo único permanente es el cambio, por lo tanto, los tiempos también han cambiado para la Iglesia y para todas las instituciones, los individuos han modificado sus *modus vivendi*. La Iglesia ha tenido la necesidad también de renovar sus procesos de comunicación y evangelización.

Desde el enfoque del desarrollo humano y económico, la Doctrina de la Iglesia está invitada a enfocarse hacia la defensa de un modelo económico incluyente, que permita la distribución de la riqueza entre todos los ciudadanos del mundo, específicamente entre aquellos que tienen menos garantías y beneficios de las ganancias obtenidas por todos los dueños de los medios productivos. Este desarrollo humano y económico debe incluir entre otros aspectos los Objetivos del Desarrollo Sostenible, los cuales tiene que ver con la búsqueda de nuevas vías de desarrollo y nuevas medidas que potencien la unión de esfuerzos en aras de: “la lucha contra la pobreza, el analfabetismo, el hambre, la falta de educación, la desigualdad entre los géneros, la mortalidad infantil y la materna, el VIH/sida y la degradación ambiental” (Naciones Unidas, los objetivos del desarrollo sostenible, 2015).

Desde este enfoque humano y económico lo que se busca es la integralidad entre el desarrollo de las acciones cotidianas de hombres y mujeres en interacción con los animales y la biodiversidad del planeta, la cual le provee al mismo hombre todo cuanto requiere para su

subsistencia, pero recuperando, conservando y renovando el ecosistema para que las demás generaciones puedan disfrutar de los mismos derechos que tienen las generaciones presentes.

Otro de los ejes fundamentales que puede defender e impulsar la Doctrina Social de la Iglesia es el de la Reconciliación Nacional entre los movimientos políticos al igual que entre los ciudadanos de a pie, ya que el país se encuentra dividida política e ideológicamente desde los últimos tiempos. Dicha reconciliación conlleva además a la defensa y promulgación de los Derechos Humanos. Todo ello enfocado desde el estudio, comprensión y praxis de las encíclicas y sus articulados.

Entonces, ¿hacia dónde debe estar orientada la Doctrina Social de La Iglesia considerando un nuevo modelo de ciudadano en aras de la construcción del bien común en la sociedad?

La praxis de la Doctrina Social de La Iglesia está llamada a potenciar el Bien Común como posibilidad para mejorar el *modus vivendi* de cada hombre y mujer. Los componentes que contribuyen a poner en marcha este deseo son:

1. Defensa de la vida, como eje central, del cual parten todos los demás.
2. Un nuevo enfoque o direccionamiento de la ideología ecuménico-católica, entendiéndose como un nuevo modelo de evangelización,
3. Un nuevo modelo económico que permita reducir la brecha social y de desigualdad que padece el pueblo colombiano y latinoamericano,
4. Defensa de las minorías raciales desde la inclusión en todos sus ámbitos
5. Defensa y promulgación por el derecho a la paz, desde el apoyo al proceso de paz que se ha realizado por el gobierno colombiano.

2.4. Enfoque De La Doctrina Social Desde El Humanismo Cristiano: La Educación De La Persona.

Dejó escrito el filósofo alemán Immanuel Kant que:

El hombre es la única criatura que ha de ser educada. Entendiendo por educación los cuidados (sustento, manutención), la disciplina y la instrucción, juntamente con la educación. Según esto, el hombre es niño pequeño, educando y estudiante (Kant, 1991, p. 29).

Es clara y pertinente esta premisa kantiana ilustrándonos que los seres humanos requerimos de educación pues venimos al mundo dotados de inteligencia y razón, pero ello no es suficiente ya que se requiere de unos padres que alimenten las normas, las buenas costumbres y la moral lo cual le permitirá al hombre convivir con sus congéneres en condiciones de tranquilidad, amor y armonía. De igual manera hombres y mujeres necesitan de un tutor, de un educador que se encargue de impartir información, conocimiento y retroalimentación de las destrezas que faciliten la potenciación de las inteligencias, como también de los valores ciudadanos.

La educación de la persona no solo es una necesidad social sino también un derecho humano y universal, establecida en la Carta Universal de los Derechos Humanos en cuyo articulado reza en el numeral 26: «Toda persona tiene derecho a la educación» (Naciones Unidas, Declaración Universal de los DD-HH, 1948, p. 183). Y no es suficiente con enunciarlo ya que, en el mismo artículo, numeral dos, se aclara el fin de la misma, a saber, que:

La educación tendrá por objeto el pleno desarrollo de la personalidad humana y el fortalecimiento del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales; favorecerá la comprensión, la tolerancia y la amistad entre todas las naciones y todos los

grupos étnicos o religiosos, y promoverá el desarrollo de las actividades de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz (1948, p. 183).

Por su lado, la Iglesia también presenta su planteamiento frente a tan importantísima reivindicación del ser humano, el de la educación. En una de sus declaraciones dice:

Todos los hombres, de cualquier raza, condición y edad, en cuanto participantes de la dignidad de la persona, tienen el derecho inalienable de una educación, que responda al propio fin, al propio carácter; al diferente sexo, y que sea conforme a la cultura y a las tradiciones patrias, y, al mismo tiempo, esté abierta a las relaciones fraternas con otros pueblos a fin de fomentar en la tierra la verdadera unidad y la paz. Más la verdadera educación se propone la formación de la persona humana en orden a su fin último y al bien de las varias sociedades, de las que el hombre es miembro y de cuyas responsabilidades deberá tomar parte una vez llegado a la madurez (Concilio Vaticano II, Declaración *Gravissimum Educationis*. 1965, n. 1).

Sólo a partir de un proceso educativo cuya pertinencia sea el de potenciar un nuevo modelo de hombre y de ciudadano será posible pensar en la búsqueda de la verdad, en el surgimiento de unas instituciones estatales que velen por el bienestar individual y colectivo del país y de las naciones en general. Por esa razón:

Nuestro tiempo requiere una intensa actividad educativa y un compromiso correspondiente por parte de todos, para que la búsqueda de la verdad, que no se puede reducir al conjunto de opiniones o a alguna de ellas, sea promovida en todos los ámbitos y prevalezca por encima de cualquier intento de relativizar sus exigencias o de defenderla. Es una cuestión que afecta particularmente al mundo de la comunicación pública y al de la economía. En ellos el uso sin escrúpulos del dinero plantea interrogantes cada vez más urgentes, que remiten necesariamente a una exigencia de transparencia y de honestidad en la actuación personal y social. (Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia, 2007, p. 130).

Lo anterior puede conducir a pensar que sólo hablando de procesos educativos de la población o brindando capacitaciones teóricas para los mismos será suficiente para mejorar los niveles de vida de hombres y mujeres en todas las naciones, pero la realidad no es esa pues la educación debe estar acompañada de procesos de vinculación entre la teoría y la praxis, esto es, se debe brindar procesos de instrucción y formación con posibilidades de campos de acción en los que se pueda poner a prueba dicha instrucción.

2.5. La Reconciliación Nacional, El Reconocimiento Al Proceso De Paz.

Al país le ha correspondido padecer durante un poco más de seis décadas un fenómeno de execrables situaciones, todas ellas matizadas por el fenómeno de la violencia, la cual tiene múltiples aristas para su explicación y la misma que ha subsumida a las gentes de éstos últimos cincuenta años en unas pugnas, odios y divisiones sociales e ideológicas y de pensamiento, como consecuencia de lo que implica vivir y convivir en estado natural de violencia. Como evidencia de ello considérense las siguientes aseveraciones:

Si hay algo que nadie ignora es que el país está en muy malas manos. Quienes se dicen representantes de la voluntad nacional son para las grandes mayorías de la población personas indignas de confianza, meros negociantes, vividores que no se identifican con el país y que no buscan su grandeza. Pero ello no es nuevo. Si algo caracterizó a nuestra sociedad desde los tiempos De la Independencia, es que sistemáticamente se frustró aquí la posibilidad de romper con los viejos esquemas coloniales. Colombia siguió postrada en la veneración e modelos culturales ilustres, siguió sintiéndose una provincia marginal de la historia, siguió discriminando a sus indios y a sus negros, avergonzándose de su complejidad racial, de su geografía, de su naturaleza. Esto no fue una mera distracción, fue fruto del bloqueo de quienes nunca estuvieron interesados en que esa labor se realizara. Desde el comienzo hubo quien supo cuáles eran nuestros deberes si queríamos construir

una patria medianamente justa e impedir que a la larga Colombia se convirtiera en el increíble nido de injusticias, atrocidades y cinismos que ha llegado a ser. No podríamos decir que fue por falta de perspectiva histórica que no advertimos cuán importante es para una sociedad reconocerse en su territorio, explorar su naturaleza, tomar conciencia de su composición social y cultural, y desarrollar un proyecto que, sin confundirlos, agrupe a sus nacionales en unas tareas comunes, en una empresa histórica solidaria. (Ospina, 1997, p. 46).

Ospina, ciertamente, nos ofrece una breve radiografía de lo que le ha tocado vivenciar al pueblo colombiano desde la institucionalidad como República. Hoy, el país continúa padeciéndolo, repitiendo esos mismos momentos históricos atroces de décadas pasadas. El país se encuentra dividido, polarizado ideológica, política y socialmente. Las prácticas políticas de los colombianos oscilan y se debaten entre las ideas del más recalcitrante ultraderechismo y los más acérrimos movimientos de la izquierda o simpatías por todas aquellas ideas que estén en desacuerdo o confronten las ideas políticas del *establishment* gubernamental. Tal polarización obedece a múltiples factores que requieren ser mencionados de manera soslayada, a saber, desigualdad e inequidad social, malos gobiernos, corrupción en todos los ámbitos y estamentos, manifestaciones ciudadanas, exclusión de todo tipo, ineficacia de las instituciones estatales, violencia, manifestada en todas las formas, mesianismo y populismo por parte de nuestra clase dirigente y política; y un gran etcétera de ejemplos o evidencias.

Por su lado, la Iglesia no ha sido ajena a dichos fenómenos o situaciones, también se ha visto involucrada en escenarios de correspondencia, cayendo igualmente en este juego político que divide, menoscaba y manipula la verdad. Sin embargo, tampoco nunca han faltado entre sus representantes voces heroicas y proféticas que valientemente se han puesto del lado verdadero y justo para cuestionar las políticas y acciones nefastas que el mismo gobierno comete contra la

sociedad colombiana. Muchos de estos hombres y mujeres de la comunidad eclesial que han defendido a los más vulnerables de la sociedad y han deseado generar acciones de cambio han sido cruelmente asesinados o exiliados. Con esto queda claro que en la Iglesia católica también hay testigos auténticos del mensaje de Jesucristo, porque:

El amor que anima el ministerio de Jesús entre los hombres es el que el hijo experimenta en la unión íntima con el Padre. El Nuevo Testamento nos permite penetrar en la experiencia que Jesús mismo vive y comunica del amor de Dios su Padre –*Abbá*- y, por tanto, en el corazón mismo de la vida divina. Jesús anuncia la misericordia liberadora de Dios en relación con aquellos que encuentra en su camino, comenzando por los pobres, los marginados, los pecadores, e invita a seguirlo porque Él es el primero que, de modo totalmente único obedece al designio de amor de Dios como su enviado en el mundo. (Compendio, 2007, p. 34).

Con lo anterior se comprende que el Hijo de Dios se ha encarnado para salvar y convocar a los pobres, a los más pecadores y necesitados.

Volviendo al *quid* de este componente, La reconciliación, la Doctrina Social de la Iglesia tiene además por principio ético la reconciliación y el acercamiento entre los hombres de las distintas comunidades. Es por eso que:

El objeto de la doctrina social es esencialmente el mismo que constituye su razón de ser: el hombre llamado a la salvación y, como tal, confiado por Cristo al cuidado y a la responsabilidad de la Iglesia. Con su doctrina social, la Iglesia se preocupa de la vida humana en la sociedad, con la conciencia que, de la calidad de la vida social, es decir, de las relaciones de justicia y de amor que la forman, depende en modo decisivo la tutela y la promoción de las personas que constituyen cada una de las comunidades. En la sociedad, en efecto, están en juego la dignidad y los derechos de la persona y la paz en las relaciones

entre las personas y entre las comunidades. Estos bienes deben ser logrados y garantizados por la comunidad social. (Compendio, 2007, p. 60).

La reconciliación es una necesidad urgente cuando los ciudadanos y sus comunidades a las que pertenecen, adoptan comportamientos no apropiados para la convivencia social armónica y en paz, y al contrario se enfrentan entre sí por razones ideológicas, esquemáticas, estructurales y económico-sociales que en la mayoría de ocasiones conducen a fenómenos desestabilizadores del orden social y la paz.

¿Cuál sería entonces la obligación de la Iglesia ante las acciones humanas que deterioran la dignidad y la esencia del hombre en su individualidad y colectividad, como miembro importante del núcleo social? La respuesta radica en el acto de la denuncia como manifestación de inconformidad y estrategia propositiva, en aras de generar cambios sustanciales en el tejido social de las sociedades contemporáneas. Es así que:

La doctrina social comporta también una tarea de denuncia, en presencia del pecado: es el pecado de injusticia y de violencia que de diversos modos afecta a la sociedad y en ella toma cuerpo. Esta denuncia se hace juicio y defensa de los derechos ignorados y violados, especialmente de los derechos de los pobres, de los pequeños, de los débiles. Esta denuncia es tanto más necesaria cuanto más se extiendan las injusticias y las violencias, que abarcan categorías enteras de personas y amplias áreas geográficas del mundo, y dan lugar a cuestiones sociales, es decir, a abusos y desequilibrios que agitan las sociedades. Gran parte de la enseñanza social de la Iglesia, es requerida y determinada por las grandes cuestiones sociales, para las que quiere ser una respuesta de justicia social. (Compendio, 2007, p. 61).

Al respecto, es pertinente plantearse la siguiente pregunta: ¿A qué es a lo que está obligada la doctrina social a denunciar? El mismo articulado de la Doctrina Social de La Iglesia

lo expresa: La injusticia, que al igual que la violencia afectan a la sociedad y adquieren cuerpo en ella en detrimento de los derechos y reivindicaciones que requieren los individuos y las comunidades más pobres, menos favorecidas, con menos posibilidades, generando en los desequilibrios sociales que agobian a las sociedades del mundo, con muy pocas excepciones.

La concepción de la reconciliación, además de estar inspirada en la paz espiritual, está directamente relacionada con el perdón, primero hacia sí mismos y luego el perdón hacia los demás como posibilidad cristiana para la reivindicación con la vida y el ejemplo de Jesucristo. El mundo entero, América Latina y particularmente Colombia han mancillado su devenir histórico con extensos ríos de sangre y de violencia arrojando con ello mucho dolor, sufrimiento y degradación de la esencia del ser humano, esto es, de su dignidad como criatura creada por Dios.

La paz y la armonía entre los pueblos y entre los hombres que los habitan es una necesidad y un anhelo, sentidos y considerados como la utopía a construir y pensar como valor social y reivindicación desde las acciones humanas como aporte para mejorar la convivencia y la armonía mundial. Es en este orden de ideas que la reconciliación como propuesta desde la Doctrina Social de La Iglesia debe ser un proyecto cuyo origen radica en la promoción y defensa de la paz y el perdón como posibilidades esenciales para la armonía terrenal de los hombres en la medida en que ambos han sido un regalo de Dios creador. De ahí que:

Antes que un don de Dios al hombre y un proyecto humano conforme al designio divino, la paz es, ante todo, un atributo esencial de Dios: “*Yahveh-Paz*. La creación, que es un reflejo de la gloria divina, aspira a la paz. Dios crea todas las cosas y todo lo creado forma un conjunto armónico, *bueno* en todas sus partes. (Compendio, 2007, p. 297).

La paz necesita de la reconciliación entre los hombres, en especial entre aquellos que viven en conflicto consigo mismo y con los demás. La reconciliación individual del hombre consigo mismo, es el comienzo de una paz individual que debe ser proyectada hacia el otro para

compartirla y vivenciarla en colectivo apuntando al deseo fraternal del hombre en particular y de todos los hombres de los pueblos, puesto que es una aspiración sentida para establecer el orden y la armonía en la tierra no sin considerar primero la gracia divina. Así lo dejó claro Juan XXIII, cuando dice: “La paz en la tierra, suprema aspiración de toda la humanidad a través de la historia, es indudable que no puede establecerse ni consolidarse si no se respeta fielmente el orden establecido por Dios” (carta encíclica *Pacen in Terris*, 1963, n. 1).

Las naciones del mundo y de Latinoamérica están viviendo momentos coyunturales muy importantes, polémicos y de trascendencia para la historia actual y universal. Los ciudadanos de las mismas están reclamando derechos que los programas de sus gobiernos no están cumpliendo o están desfasados respecto a las necesidades y exigencias de unas sociedades que requieren más atención en cuanto a la inversión social en todos los ámbitos. Colombia no es un caso aparte ni está exenta de estas reclamaciones, pues tiene infinidad de problemáticas que al día de hoy no han sido resueltas. Se acaba de firmar un proceso de paz entre el Gobierno y las FARC, el cual hace énfasis en la terminación del conflicto armado para la construcción de una paz estable y duradera, en el que se acordó cumplir seis puntos centrales que deben ser implementados por el Estado en beneficio de quienes se reinsertaron y se acogieron a dicho proceso. En el segundo punto esencial del acuerdo, el cual versa sobre la participación política se puede leer lo siguiente:

La construcción de la paz es asunto de la sociedad en su conjunto que requiere de la participación de todas las personas sin distinción y, por eso, es necesario concitar la participación y decisión de toda la sociedad colombiana en la construcción de tal propósito, que es derecho y deber de obligatorio cumplimiento, como base para encauzar a Colombia por el camino de la paz con justicia social y de la reconciliación, atendiendo el clamor de la población por la paz. Esto incluye el fortalecimiento de las organizaciones y movimientos sociales, y el robustecimiento de los espacios de participación para que ese ejercicio de

participación ciudadana tenga incidencia y sea efectivo, y para que vigore y complemente la democracia (Gobierno de Colombia-Farc-EP, 2016, p. 67).

En síntesis, la reconciliación y la paz son dos conceptos relacionales, ambos dependen de la voluntad de cada individuo, ambos se construyen y solidifican desde las acciones que los miembros de las instituciones estén interesados en materializarlos, hacerlos evidentes, reales. Corresponde a los gobiernos, a los ciudadanos, a las instituciones educativas, a los hogares, a los movimientos políticos y por supuesto a la Iglesia católica desde la praxis de su Doctrina Social, hacerlos efectivos, reconociéndose cada uno en el otro, donde el respeto y la pluralidad de acción y pensamiento sea respetado y valorado. La reconciliación y la consecución de la paz es compromiso de todos los actores de la nación, por tal razón:

Para consolidar la paz, es necesario garantizar el pluralismo facilitando la construcción de nuevos partidos y movimientos políticos que contribuyan al debate y al proceso democrático, y tengan suficientes garantías para el ejercicio de la oposición y ser verdaderas alternativas de poder. La democracia requiere, en un escenario de fin del conflicto, un fortalecimiento de garantías de participación política (Gobierno de Colombia-Farc-EP, 2016, p. 68).

La reconciliación entre los seres humanos es una reivindicación necesaria que obliga a cada miembro que hace parte de la sociedad a perdonar a su hermano para que entre todos se pueda vivir en armonía y con los mínimos resquemores. Por eso la Doctrina Social de la Iglesia está llamada a ser un actor relevante en la consolidación de una reconciliación entre los colombianos y los otros ciudadanos de América Latina que hoy se encuentran enfrentados política e ideológicamente, construyendo el bien común entre todos y para beneficio de todos.

2.6. ¿Un Nuevo Modelo Económico Para Minimizar La Pobreza?

El bien común también requiere ser impulsado y promovido por la Iglesia en su Doctrina Social a partir de una propuesta de un nuevo modelo económico que permita una mejor distribución de la riqueza, esa que ostentan las clases poderosas, burguesas, dueñas de los medios de producción y que han obtenido gracias al trabajo, esfuerzo y por qué no decirlo, de la explotación de las clases menos favorecidas o proletariado en general. Para efectos de comprender mejor este componente, es preciso aclarar la definición de los conceptos pobreza-pobres y riqueza-ricos.

Ambos conceptos son recíprocos y relacionales, es decir, el exceso o extremo en uno de ellos es la consecuencia del otro. Concretamente se resume así, cuando en una sociedad cualquiera, la pobreza la padece gran porcentaje de su población, por deducción se infiere que la riqueza está en pocas personas. Cuando la riqueza está bien distribuida significa que hay pocos pobres, o al menos la pobreza se equilibra o quienes la padecen son menos notorios y se disimulan, se maquillan las inequidades.

Las sociedades actuales son sociedades de consumidores y dicho consumo no diferencia entre pobres y ricos ya que ambas clases sociales lo son; unos en menor o mayor grado que otros, pero consumidores al fin de cuentas. Entonces, ¿qué significa ser pobre y ser rico en las sociedades del consumo? Todo individuo, por sensato que sea quiere y merece disfrutar de unas necesidades esenciales que le permitan trasegar por su existencia relativamente bien y satisfecho.

Durante siglos la pobreza ha sido y continúa siendo una amenaza para la supervivencia humana y ello se ha visto reflejado en el miedo a morir o sentir que se muere a partir de muchas manifestaciones deprimentes de la cotidianidad, verbigracia, padecer hambre, carencia de atención médica, no acceso a un techo, en este caso propio, ausencia de un empleo digno que le permita el disfrute de momentos placenteros del ocio fecundo y la recreación, entre otros. Es

decir, independientemente de la concepción que tenga cada cual, de la pobreza, el temor a no tener una existencia digna y placentera está latente en las personas, pues el temor, el miedo es una facultad racional e involuntaria del hombre. Analícense las siguientes definiciones sobre los conceptos pobre y pobreza. “Pobre: Adjetivo y sustantivo. Desprovisto o mal provisto de lo necesario y con los siguientes sinónimos: apurado, desdichado, desgraciado, desheredado, infeliz, necesitado, paria, insolvente, mendigo” (García-Pelayo, 1983, p. 817). “Pobreza: Estado del que carece de lo necesario para vivir. Falta, escasez, con los sinónimos, apuro, estrechez, indigencia, inopia, miseria, molestia, necesidad, paupérrimo, penuria, privación. Contrario, riqueza, fortuna” (1983, p. 817).

Pobreza y riqueza son conceptos relativos y polisémicos, que tienen connotaciones muy disímiles según el contexto en que se desenvuelven los individuos. Ello conduce a considerar un concepto muy valioso al interior de la sociedad de consumo y es el relacionado con la ética del trabajo, concepto que permite hablar entonces de pobres y ricos en sociedades ricas o con economías boyantes. Cabe la pregunta: ¿Qué es ser pobre en la sociedad de consumo? La respuesta a dicho interrogante implica varias aristas: En primera instancia está la insatisfacción de las necesidades básicas para una vida buena, armónica, satisfactoria.

No debe entenderse el concepto pobreza sólo como carencia de dinero o de riquezas, o bienes materiales sino como un estado de indigencia, de penurias y privaciones de lo que le permite al individuo ser un sujeto del disfrute y el goce y si se quiere ser más pretenciosos, sujeto de consumo. En ese orden de ideas:

La pobreza no se reduce, sin embargo, a la falta de comodidades y al sufrimiento físico. Es también una condición social y psicológica: puesto que el grado de decoro se mide por los estándares establecidos por la sociedad, la imposibilidad de alcanzarlos es en sí misma causa de zozobra, angustia y mortificación. Ser pobre significa estar excluido de lo que se

considera una “vida normal”; es “no estar a la altura de los demás”. (Bauman, Trabajo, consumismo y nuevos pobres , 2008, p. 64).

Ante tales apreciaciones del sociólogo polaco, corresponde otra pregunta, ¿qué implicaciones tiene entonces la existencia bajo dichas condiciones expresadas por Bauman? La respuesta apunta a que el estado de pobreza:

Genera sentimientos de vergüenza o de culpa, que producen una reducción de la autoestima. La pobreza implica, también, tener cerradas las oportunidades para una “vida feliz”; no poder aceptar los “ofrecimientos de la vida”. La consecuencia es resentimiento y malestar, sentimientos que –al desbordarse- se manifiestan en forma de actos agresivos o autodestructivos, o de ambas cosas a la vez. (Bauman, 2008, p. 64).

Entonces, ¿qué función o labor está llamada la Iglesia a desarrollar, desde su Doctrina Social para las posibilidades de la distribución de la riqueza y erradicar la pobreza absoluta de los ciudadanos? No sólo basta con decir que el amor es una necesidad humana para la convivencia y la armonía entre los seres humanos y es fuerza que mueve al mundo, porque también:

El amor tiene por delante un vasto trabajo al que la Iglesia quiere contribuir también con su doctrina social, que concierne a todo el hombre y se dirige a todos los hombres. Existen muchos hermanos necesitados que esperan ayuda, muchos oprimidos que esperan justicia, muchos desocupados que esperan trabajo, muchos pueblos que esperan respeto (Compendio, 2007, p.19).

El amor de la Iglesia hacia los más necesitados debe estar enfocado a extenderles la mano, el corazón y las obras que conduzcan a tener una vida digna.

Todo Estado sensato debe estar en condiciones de asistir a sus ciudadanos en las necesidades básicas vitales para una vida digna y placentera. Para el caso específico de

Colombia, una nación que lo tiene todo en cuestión de recursos naturales y humano, es inconcebible lo que padece y vivencia gran porcentaje de la población hasta los momentos actuales. Cualquier ciudadano del mundo y, particularmente de la nación colombiana, debe cuestionarse sobre nuestra iniquidad y seguro muchos lo han hecho y lo siguen haciendo, la Iglesia en efecto ha indicado:

¿Cómo es posible que, en nuestro tiempo, haya todavía quien se muere de hambre; quien está condenado al analfabetismo; quien carece de la asistencia médica más elemental; quién no tiene techo donde cobijarse? ¿El panorama de la pobreza puede extenderse indefinidamente, si a las antiguas añadimos las nuevas pobreza, que afectan a menudo a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos, pero expuestos a la desesperación del sin sentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o a la discriminación ecológico, que hace inhabitables y enemigas del hombre vastas áreas del planeta? ¿O ante los problemas de la paz, amenazada a menudo con la pesadilla de guerras catastróficas? ¿O frente al vilipendio de los derechos humanos, social ¿Podemos quedar al margen ante las perspectivas de un desequilibrio especialmente de los niños? (Compendio, 2007, p. 19).

Los cuestionamientos de Juan Pablo II, los cuales mantienen su total vigencia, especialmente cuando hoy muchas de las naciones que conforman este globo terráqueo no le brindan a sus habitantes posibilidades de salir de tan funestas situaciones calamitosas, incumpliendo con toda clase de promesas y recayendo en los frecuentes discursos demagógicos, captando con tales actitudes incautos que campaña tras campaña eligen los representantes esperanzados en que estos den solución a sus innumerables problemas. Y entonces, si reconocemos que hacemos parte de sociedades del consumo, es preciso reconocer y reflexionar, que:

En una sociedad de consumo la “vida normal” es la de los consumidores, siempre preocupados por elegir entre la gran variedad de oportunidades, sensaciones placenteras y ricas experiencias que el mundo les ofrece. Una “vida feliz” es aquella en la que todas las oportunidades se aprovechan, dejando pasar muy pocas o ninguna; se aprovechan las oportunidades de las que más se habla y, por lo tanto, las más codiciadas; y no se las aprovecha después de los demás, sino, en lo posible, antes. Como en cualquier comunidad, los pobres de la sociedad de consumo no tienen acceso a una vida normal, menos aún, a una existencia feliz. (Bauman, 2008, p. 64).

Otra de las aristas o propuestas que la Doctrina Social de la Iglesia debe implementar es la construcción de un nuevo ciudadano para el siglo XXI, teniendo en cuenta aspectos como la identidad nacional, mejores y nuevas oportunidades para el progreso individual y nacional, respeto y defensa de los derechos humanos (derechos de los niños, de la mujer, de las minorías, del adulto mayor).

Todas las sociedades y grupos humanos durante el transcurso de la historia han realizado procesos en busca de mejorar sus modos de vida. Cada individuo como parte mínima e importante de todo grupo y sociedad busca evolucionar, mejorar aun cuando su entorno o contexto se lo impida. Los hombres y mujeres no han sido más malos o más buenos antes que ahora, siempre hay situaciones para analizar, tanto del pasado como del presente; los hitos históricos son relativos y obedecen a momentos y contextos disímiles.

Hoy los ciudadanos se encuentran inmersos en sociedades saturadas de información y con deseos de obtener nuevos conocimientos, nuevos aprendizajes y comportamientos menos dañinos. El mundo está requiriendo nuevos ciudadanos, entendidos éstos como habitantes capaces de construir un mundo mejor a partir del cambio de mentalidad, de paradigmas innovadores y propositivos.

Colombia y América Latina han padecido innumerable cantidad de problemáticas, las mismas que les ha correspondido vivir a sus habitantes y, por supuesto, a sus gobernantes, algunos de los cuales han tratado de mejorar en su gestión como estrategia para sacar adelante el desarrollo de sus países y particulares regiones. Pero otros gobernantes olvidan tajantemente la responsabilidad que les convoca desde el momento en que fueron elegidos, o en casos extremos, no han querido hacerlo porque quizás su interés es continuar manteniendo el *statu quo* de ignorancia y pobreza de sus electores, o el pobre desarrollo de sus naciones y regiones con el fin malintencionado de perpetuarse en el poder.

El continente latinoamericano y específicamente Colombia reclaman al unísono mejores niveles de vida para sus habitantes, en vista de que las clases menos favorecidas siguen padeciendo altos niveles de inequidad. Es claro que las formas de vida cambian cuando los sujetos empiezan a evolucionar y actuar apropiadamente, de cómo han actuado siempre. La población colombiana le ha tocado vivir menospreciada y vilipendiada por sus gobernantes. Con muy pocas excepciones, la mayoría de las naciones latinoamericanas no tiene una identidad propia, arraigada en sus raíces étnicas y culturales de las cuales se puedan sentir orgullosas. Colombia no ha sido la excepción, ya que los ciudadanos se han sentido vilipendiados y olvidados trayendo eso como consecuencia ciertas actitudes y estigmatizaciones desde los ámbitos racial, social, económico, religioso, político, entre otros. Es necesario retomar las palabras del ensayista Ospina cuando asevera:

Colombia siguió postrada en la veneración de modelos culturales ilustres, siguió sintiéndose una provincia marginal de la historia, siguió discriminando a sus indios y a sus negros, avergonzándose de su complejidad racial, de su geografía, de su naturaleza. (1997, p. 64).

Surge entonces el interrogante. ¿En qué ha beneficiado dichas posturas o ideologías al progreso de la nación? Sencillamente en nada. Con semejantes concepciones o visiones e

imaginarios colectivos sobre nuestra población, lo único o poco que se ha obtenido es el desprecio por y entre nosotros mismos. Es un malestar y un sentir entre los ciudadanos de la nación y de Latinoamérica. De ahí que para el Estado gran parte de la población haya estado invisibilizada y estigmatizada de manera peyorativa. Los ciudadanos son ultrajados y menospreciados por el color de la piel, específicamente los negros e indios, quienes han tenido pocas oportunidades para hacer parte de las instancias estatales, con algunas excepciones. Igual sucede con las mujeres, aunque pareciera que eso haya cambiado, pero la verdad es que continúa presentándose una marcada diferencia entre hombres y mujeres respecto a muchos ámbitos de la parte social.

Todas las posturas de estigmatización y conductas denigrantes han negado la posibilidad de construir una identidad nacional fundamentada en el respeto, la tolerancia, la pluralidad y la multiculturalidad, la diferencia en la actuación y pensamiento, postergando y postrando a la nación en un debilitado desarrollo económico que en pocas ocasiones permite mantener la economía estable, pero en una sociedad con los mayores índices en Latinoamérica en: desigualdad, pobreza absoluta, violencia y corrupción hasta el colmo que hemos asumido la ilegalidad como pensamiento y acción, como forma de vida para buscar el progreso y bienestar individual, familiar y colectivo. Ante toda esta problemática, la pregunta inmediata es ¿Qué tiene la Iglesia Católica para ofrecer en aras de brindar su valioso aporte para Colombia, América latina y el mundo?

Es aquí donde la Doctrina Social de la Iglesia le asiste uno, si es que no el más apremiante de los retos al que está convocada desde tiempos remotos en pro del bien común como baluarte para la educación de un nuevo hombre, un nuevo habitante de la aldea global y un nuevo hijo de Dios, el mismo que propenda por vidas y sociedades benefactoras.

El nuevo modelo económico que debe propender por estrechar la brecha entre ricos y pobres, poderosos y desterrados de la tierra, es uno de los puntos esenciales que se acordó en el reciente proceso de paz entre el gobierno y las FARC-EP, en el primer punto acordado: Hacia un nuevo campo colombiano, en su numeral 1.2., el cual reza: Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET), en el cual se acordó que el objetivo esencial es:

lograr la transformación estructural del campo y el ámbito rural, y un relacionamiento equitativo entre el campo y la ciudad, de manera que asegure: el bienestar y el buen vivir de la población en zonas rurales; la protección de la riqueza pluriétnica y multicultural; el desarrollo de la economía campesina y familiar; el desarrollo y la integración de las regiones abandonadas y golpeadas por el conflicto; el reconocimiento y la promoción de las organizaciones de las comunidades; y hacer del campo colombiano un escenario de reconciliación en el que todos y todas trabajan alrededor de un propósito común (Gobierno de Colombia-FARC-EP, 2015, pp. 47-48).

Es así que la Iglesia debe hacer acompañamiento a la implementación de los acuerdos del Proceso de Paz y para el caso del campo colombiano, propiciando la disminución de la pobreza entre los miembros partícipes del conflicto armado. La Doctrina Social es bastante clara cuando indica:

Para asegurar el bien común, el gobierno de cada país tiene el deber específico de armonizar con justicia los diversos intereses sectoriales. La correcta conciliación de los bienes particulares de grupos y de individuos es una de las funciones más delicadas del poder público. En un Estado democrático, en el que las decisiones se toman ordinariamente por mayoría entre los representantes de la voluntad popular, aquellos a quienes compete la responsabilidad de gobierno están obligados a fomentar el bien común del país, no sólo según las orientaciones de la mayoría, sino en la perspectiva

del bien efectivo de todos los miembros de la comunidad civil, incluidas las minorías (Compendio, 2007, pp. 111-112).

Ya para décadas anteriores, Pablo VI había hecho claridad sobre estas realidades que dignificaban la condición humana y minimizaban la brecha desigual entre ricos, poderosos y pobres. También indicó que en esa diferencia de clases sociales se observan acciones poco humanas y se desea que haya unas bastante humanas, que aproximen la sociedad, el actuar humano, el desarrollo económico y la riqueza de unos pocos a las necesidades de las clases menos favorecidas. Cuáles acciones menos humanas y cuáles más humanas. Veamos:

Menos humanas: las carencias materiales de los que están privados del *mínimum vital* y las carencias morales de los que están mutilados por el egoísmo. Menos humanas: las estructuras opresoras, que provienen del abuso del tener o del abuso del poder, de la explotación de los trabajadores o de la injusticia de las transacciones. Más humanas: el remontarse de la miseria a la posesión de lo necesario, la victoria sobre las calamidades sociales, la ampliación de los conocimientos, la adquisición de la cultura. Más humanas también: el aumento en la consideración de la dignidad de los demás, la orientación hacia el espíritu de pobreza (cf. *Mt* 5, 3), la cooperación en el bien común, la voluntad de paz. Más humanas todavía: el reconocimiento, por parte del hombre, de los valores supremos, y de Dios, que de ellos es la fuente y el fin. Más humanas, por fin y especialmente: la fe, don de Dios acogido por la buena voluntad de los hombres, y la unidad en la caridad de Cristo, que nos llama a todos a participar, como hijos, en la vida del Dios vivo, Padre de todos los hombres. (Pablo VI, *Carta encíclica Populorum Progressio*, n. 21).

El nuevo modelo económico a ser propuesto y sobretodo defendido por la Iglesia desde la Doctrina también estará enfocado al fomento y defensa de la creación de empleo digno para hombres y mujeres, para las minorías afro, indígenas, los minusválidos, entre otros actores, los cuales también deben hacer parte de la población económicamente activa. Cuando se hace

alusión al empleo digno se dice a raíz de la explotación de los más necesitados, esto es, el obrero, el empleado por contrato, por prestación de servicios, vendedores ambulantes, la economía del rebusque, lo cual es latente en el mercado laboral y de producción de la mercancía y por ende de las ganancias de las empresas, que por lo general no repercuten en el beneficio de dichas personas. Se genera así explotación en la persona, plusvalía para la empresa, riqueza para los dueños de la misma y una mayor desigualdad notable cada vez más. Por eso:

No debe pensarse equivocadamente que el proceso de superación de la dependencia del trabajo respecto a la materia sea capaz por sí misma de superar la alienación en y del trabajo. Esto sucede no sólo en las numerosas zonas existentes donde abunda el desempleo, el trabajo informal, el trabajo infantil, el trabajo mal remunerado, o la explotación en el trabajo; también se presenta con las nuevas formas, mucho más sutiles, de explotación en los nuevos trabajos: el super-trabajo; el trabajo-carrera que a veces roba espacio a dimensiones igualmente humanas y necesarias para la persona; la excesiva flexibilidad del trabajo que hace precaria y a veces imposible la vida familiar; la segmentación del trabajo, que corre el riesgo de tener graves consecuencias para la percepción unitaria de la propia existencia y para la estabilidad de las relaciones familiares. Si el hombre está alienado cuando invierte la relación entre medios y fines, también en el nuevo contexto de trabajo inmaterial, ligero, cualitativo más que cuantitativo, pueden darse elementos de alienación, «según que aumente su participación [del hombre] en una auténtica comunidad solidaria, o bien su aislamiento en un complejo de relaciones de exacerbada competencia y de recíproca exclusión» (Compendio, 2007, p. 179).

2.7. Las Minorías Étnicas Y Su Reconocimiento Desde La Doctrina Social.

La defensa de las minorías o de algunas comunidades con menos oportunidades es otro componente importante para la consecución del bien común, el cual debe ser impulsado por la iglesia a partir de la Doctrina Social.

Referente a lo anterior, es pertinente hacer saber y recordar que las naciones hoy están conformadas y habitadas por gentes de todas las razas y etnias. Todas las naciones han sido permeadas e influenciadas en todos los aspectos, por razas y etnias distintas a las que inicialmente habitaron.

Si bien es cierto que cada uno de los cinco continentes ha tenido identidades raciales particulares no menos cierto es que hoy todos están habitados por multiplicidad de etnias de cada una. Europa es considerado el continente de raza blanca, Asia el continente amarillo, África el continente negro, América el continente mestizo y Oceanía el continente de muchas etnias. Siempre se ha hablado sólo de tres razas en los contextos históricos: blanca, negra e india. Pero la realidad es otra. Actualmente las naciones son multiétnicas, multirraciales, multinacionales y, por ende multiculturales.

Si en otras décadas se hablaba de razas puras, superiores y más inteligentes, hoy esas afirmaciones son un mito, están desvirtuadas. El fenómeno de la globalización lo ha comprobado con más ahínco, más demostrable. Hoy se habla en geopolítica de ciudadanías multiculturales, odiseas multiculturales (cf. Kymlicka, 1996) para referirse a las manifestaciones humanas en todos sus ámbitos: cultura, sociedad, economía, religión, relaciones entre los países, entre otras, debido a que:

En la actualidad la mayoría de países son culturalmente diversos. Según estimaciones recientes, los 184 Estados independientes del mundo contienen más de 600 grupos de lenguas vivas y 5.000 grupos étnicos. Son bien escasos los países cuyos ciudadanos comparten el mismo lenguaje o pertenecen al mismo grupo étnico-nacional. (Kymlicka, 1996, p. 13).

Con base en las anteriores premisas hay que comprender que las minorías raciales han prestado su aporte a las Naciones-Estado, a las naciones-imperio quienes se han negado a aceptar

el valor moral, ético y social de las mismas, actitud que empieza a cambiar pero que aún sigue notándose resistencia frente a ello, por tal razón, no es sorprendente que:

La tradición política occidental se ha ocupado muy poco de estas cuestiones. La mayor parte de las comunidades políticas organizadas de la historia han sido multiétnicas, un testimonio de la ubicuidad de las conquistas y del comercio a larga distancia en los asuntos humanos. Sin embargo, la mayoría de los especialistas en teoría política han utilizado un modelo idealizado de *polis* en la que los conciudadanos comparten unos ancestros, un lenguaje y una cultura comunes. Aun cuando los propios especialistas vivieron en imperios plurilingües que gobernaban numerosos grupos étnicos y lingüísticos, escribieron a menudo como si las ciudades-Estado culturalmente homogéneas de la antigua Grecia proporcionasen el modelo esencial o estándar de una comunidad política. (Kymlicka, 1996, p. 14).

He aquí por qué se ha creído, pensado y desconocido que los grupos minoritarios tienen que circunscribirse a las decisiones de las mayorías que son, en perjudicial circunstancia, quienes determinan la soñada democracia, olvidando que el ejercicio del consenso debe conducir al reconocimiento del disenso, en este caso, de las minorías.

De otro lado hay que saber que la nación colombiana está demográficamente conformada por múltiples razas y etnias. La ciudadanía nacional es el resultado de la hibridación de las razas caucásica, negra e india con sus respectivos mestizajes, de ahí que la nación cuenta con unas minorías étnicas que le han dado un valor agregado desde lo cultural, ideológico y económico, que no se puede desconocer y menospreciar, puesto que ello ha enriquecido el acervo nacional.

Ya se ha dicho que durante muchos años las clases gobernantes colombianas “discriminó a sus indios y a sus negros avergonzándose de su complejidad racial, de su geografía, de su naturaleza” (Ospina, 1997, p. 4), lo cual da pie para inferir que nuestras minorías negras e indias,

que no lo son tanto porque representan un gran porcentaje de nuestra población, merecen un *status* y un mejor reconocimiento y valor. Todas hacen parte de la nación, todas la han construido. La pregunta aquí es ¿Cuál debe ser el protagonismo de la Iglesia ante la problemática que padecen las minorías étnicas colombianas, entendida esta como la falta de oportunidades, la carencia del disfrute de las necesidades básicas?

Inicialmente la Iglesia está convocada a reconocer las negritudes, indígenas y demás mestizos, primero como hijos de Dios, creados a imagen y semejanza de Él. De este principio parte todo inicio para su reconocimiento porque en el amor de Dios no puede haber espacio para el racismo, la discriminación y mucho menos el sectarismo religioso porque aunque no todos los hombres son iguales, nos debe preocupar el que no se reconozcan estos derechos (cf. Concilio Vaticano II, *Gaudium et Spes*, n. 29).

La propia Iglesia lo propone y defiende, por lo tanto a ella misma corresponde la defensa e impulso del valor social, moral y ético de las minorías. Minoría no significa de menos valor sino que ello es el resultado de actitudes degradantes e incorrectas del ser humano, de los gobernantes de turno quienes han conducido a la nación a la estigmatización que ha hecho escuela en el imaginario colectivo de los ciudadanos. En resumen, todo ello ha hecho mucho daño a la nación. Algunos aspectos que esta llamada a implementar la Iglesia desde la Doctrina social deben ser:

El reconocimiento a las minorías como comunidades valiosas. ¿De qué manera? Las etnias minoritarias (negritudes, indígenas, mestizos) tienen capacidades no sólo para hacer parte activa de la Iglesia como fieles laicos, sino también para ejercer importantes responsabilidades de dirección y liderazgo, incluso dentro de la misma jerarquía. Así como en el Estado se viene dando paulatinamente la integración de las comunidades minoritarias como integrantes de

algunos gobiernos, construyendo nación, la iglesia está en el mismo deber de hacerlo ya que la Doctrina lo propone y defiende. He aquí lo que propone la Doctrina Social:

A cada pueblo corresponde normalmente una Nación, pero, por diversas razones, no siempre los confines nacionales coinciden con los étnicos. Surge así la cuestión de las minorías, que históricamente han dado lugar a no pocos conflictos. El Magisterio afirma que las minorías constituyen grupos con específicos derechos y deberes. En primer lugar, un grupo minoritario tiene derecho a la propia existencia: «Este derecho puede no ser tenido en cuenta de modos diversos, pudiendo llegar hasta el extremo de ser negado mediante formas evidentes o indirectas de genocidio». Además, las minorías tienen derecho a mantener su cultura, incluida la lengua, así como sus convicciones religiosas, incluida la celebración del culto. En la legítima reivindicación de sus derechos, las minorías pueden verse empujadas a buscar una mayor autonomía o incluso la independencia: en estas delicadas circunstancias, el diálogo y la negociación son el camino para alcanzar la paz (Compendio, 2007, pp. 238-239).

Los grupos pertenecientes a las comunidades LGBTI también son dignos de ser considerados como miembros importantes de la sociedad y pueden hacer parte de los miembros de la Iglesia sin ser discriminados; sin embargo, esto no significa tampoco un alejamiento de la doctrina moral de la iglesia y de su importancia y seriedad. Siempre se defenderá la norma moral que también propende al bien común, incluyendo la morigeración de las pasiones u opciones sexuales, que vale para todos sin ninguna distinción.

2.8. El Bien Común Desde La Doctrina Social Y Su Relación Con Algunos De Los Objetivos De Desarrollo Sostenible.

El bien común como construcción colectiva que se genera desde una construcción del particular para estos tiempos contemporáneos tiene implicaciones con el cuidado de sí que a su vez tiene que ver con el cultivo de sí, que son todas aquellas acciones o pulsiones de vida que

tratan de orientar y señalar la importancia que tiene el autocuidado para la persona como reivindicación de la dignidad pero también con el cuidado y protección del entorno mínimo, entendiendo por este el lugar donde se desarrollan las actividades y transcurre la existencia humana. Ese entorno amplio y complejo del que se habla aquí es el planeta tierra, sobre el cual se planean estrategias de desarrollo sostenible y políticas ambientales que buscan el cuidado del ecosistema, una política mundial generada por los países del hemisferio norte, los mismos que pretenden potenciar dichas políticas con miras a buscar mejores sistemas de vida.

Desde el análisis y comprensión de los Objetivos de Desarrollo Sostenible (ODS), propuestos por las Naciones Unidas, se puede concluir una propuesta para la construcción del Bien Común, desde acciones individuales que se comprometan con las propuestas de algunos de los Objetivos (ODS), básicamente aquellas que promueven el bienestar individual y colectivo, que generalmente son todas, pero se pueden identificar unas muy específicas.

Ahora, comprendiendo entonces el concepto de la dignidad humana del cual se habló en el primer capítulo, puede sintetizarse a modo de concepto y definición en uno solo: el bien vivir, con connotaciones afines y relacionadas con la calidad de vida, a saber, alimentación, salud, vivienda, empleo, respeto por sus derechos, igualdad de género y oportunidades para todos. Por eso a la Doctrina de la iglesia le asiste además de otros aspectos, la defensa y promulgación de un desarrollo económico con sostenibilidad ambiental, y en ese aspecto las Naciones Unidas ha hecho su aporte ideológico con la propuesta de los ODS.

Analícese aquí la correspondencia entre algunos de estos objetivos y algunos postulados de la Doctrina Social de la Iglesia para apuntarle a sociedades ecológicamente sostenibles que permitan la consecución del bien individual y el bien común.

Al interior del concepto bien vivir, está comprendida entonces la reducción o, en aspiraciones más filantrópicas, el fin de la pobreza, lo cual no es suficiente con que esté erigido en el papel, en los discursos; no es suficiente con las ayudas humanitarias de los países ricos hacia los pobres, pues es prioritario establecer otro tipo de estrategias y políticas gubernamentales que muestren resultados a corto, mediano y largo plazo pero permanentes.

Pablo VI fue muy claro:

Pero todo ello, al igual que las inversiones privadas y públicas ya realizadas, las ayudas y los préstamos otorgados, no basta. No se trata sólo de vencer el hambre, ni siquiera de hacer retroceder la pobreza. El combate contra la miseria, urgente y necesario, es insuficiente. Se trata de construir un mundo donde todo hombre, sin excepción de raza, religión, o nacionalidad, pueda vivir una vida plenamente humana, emancipado de las servidumbres que le vienen de la parte de los hombres y de una naturaleza insuficientemente dominada; un mundo donde la libertad no sea una palabra vana y donde el pobre Lázaro pueda sentarse a la misma mesa que el rico (cf. *Lc* 16, 19-31). (1967, n. 47).

Aquí, Pablo VI exhorta a los poderosos y a las entidades oficiales y privadas a extenderle la mano a su hermano necesitado como un principio valioso para el mejoramiento de la existencia de sus semejantes.

El primero, y puede aseverarse que, el principal objetivo de desarrollo sostenible, apunta precisamente a la erradicación del fenómeno de la pobreza como quiera que a partir de la misma se generan una miríada de circunstancias nefastas para el sano desarrollo de la humanidad conduciendo a la persona a cometer acciones poco éticas y dignas de una sociedad ejemplar. Lo siguiente dice el primer objetivo de desarrollo sostenible:

Erradicar la pobreza en todas sus formas sigue siendo uno de los principales desafíos que enfrenta la humanidad. Si bien la cantidad de personas que viven en la extrema pobreza disminuyó en más de la mitad entre 1990 y 2015, aún demasiadas luchan por satisfacer las necesidades más básicas. Los avances también han sido limitados en otras regiones, como Asia Meridional y África subsahariana, donde vive el 80% de la población mundial que se encuentra en condiciones de extrema pobreza. Además, nuevas amenazas que plantean el cambio climático, los conflictos y la inseguridad alimentaria necesitan mayores esfuerzos para sacar a las personas de la pobreza. (Programa de las Naciones Unidas. Objetivo 1).

Obsérvese en las dos referencias anteriores cómo lo planteado desde el punto central de la tesis tiene relación con estos Objetivos del Desarrollo Sostenible. El planteamiento anterior es muy apropiado para relacionarlo con el Bien Común al que aspira la sociedad en general y los Estados civilizados. La iglesia, como institución también busca el bien individual y colectivo; además, como institución moral continúa teniendo valor y credibilidad entre muchos ciudadanos del mundo. Existe una razón más que suficiente para solicitar ayuda hacia los más necesitados, con el propósito de subsanar en el mayor grado posible la pobreza que asiste a muchos ciudadanos y naciones de los cinco continentes. ¿Qué meta plantean las Naciones Unidas al respecto? Se plantea una propuesta, diríase que a corto plazo para ello, de esta manera:

Para 2030, erradicar la pobreza extrema para todas las personas en el mundo... Crear marcos normativos sólidos en los planos nacional, regional e internacional, sobre la base de estrategias de desarrollo en favor de los pobres que tengan en cuenta las cuestiones de género, a fin de apoyar la inversión acelerada en medidas para erradicar la pobreza. (Programa de las Naciones Unidas. Objetivo 1).

Interesante la propuesta de Naciones Unidas y se espera que ello no quede en el papel, no sea letra o discurso muerto. La otra pregunta es, ¿Qué se le ocurre a la Iglesia desde la Doctrina Social para coadyuvar a dichas metas?

De la mano de la erradicación o minimización de la pobreza está además la erradicación del hambre en tantos semejantes que la han padecido durante muchos años y la siguen padeciendo. El hambre es uno de los síntomas e indicadores de pobreza en una sociedad y en una nación, sinónimo de subdesarrollo y atraso de las mismas, de que las cosas andan mal. Cuando se padece hambre no se pueden ejecutar ni consolidar los proyectos de vida de los ciudadanos. Cuando un semejante padece hambre, lo menos que se puede hacer es minimizarla en él, por eso:

«Si un hermano o una hermana están desnudos —dice Santiago— si les falta el alimento cotidiano, y alguno de vosotros les dice: "andad en paz, calentaos, saciaos" sin darles lo necesario para su cuerpo, ¿para qué les sirve eso?» (*Sant* 2, 15-16). Hoy en día, nadie puede ya ignorarlo, en continentes enteros son innumerables los hombres y mujeres torturados por el hambre, son innumerables los niños subalimentados hasta tal punto que un buen número de ellos muere en la tierna edad; el crecimiento físico y el desarrollo mental de muchos otros se ve con ello comprometido, y regiones enteras se ven así condenadas al más triste desaliento (Pablo VI, 1967, n. 45).

El hambre es un flagelo universal que carcome a la sociedad entera, provoca una serie de malestares en el individuo, es causante de acciones censurables hasta el colmo de que se llega a la cultura de la ilegalidad por querer salir de dicha situación. Son muchas las situaciones complejas que genera el hambre en una persona. Es por eso que a la Naciones Unidas le preocupa, así sea de manera soslayada y solapada la situación del hambre en las naciones. Según datos de los Objetivos de Desarrollo Sostenible:

Desgraciadamente, el hambre y la desnutrición siguen siendo grandes obstáculos para el desarrollo de muchos países. Se estima que 821 millones de personas sufrían de desnutrición crónica al 2017, a menudo como consecuencia directa de la degradación ambiental, la sequía y la pérdida de biodiversidad. Más de 90 millones de niños menores de cinco años tienen un peso peligrosamente bajo. La desnutrición y la inseguridad alimentaria

parecen estar incrementándose tanto en casi todas las de regiones de África, como en América del Sur. (Programa de las Naciones Unidas. Objetivo 2).

¿Qué propuesta se tiene para ello, según Naciones Unidas? Analícese aquí una de ellas:

Aumentar las inversiones, incluso mediante una mayor cooperación internacional, en la infraestructura rural, la investigación agrícola y los servicios de extensión, el desarrollo tecnológico y los bancos de genes de plantas y ganado a fin de mejorar la capacidad de producción agrícola en los países en desarrollo, en particular en los países menos adelantados. (Programa de las Naciones Unidas. Objetivo 2).

Esa meta sería uno de los ideales grandes de toda nación y la aspiración de todos los individuos del planeta, otra cosa es que se haga realidad. Obras son amores que no buenas razones. Habrá de esperarse para ver si se da dicho cumplimiento.

De su parte, a la Iglesia también le compete el problema del hambre. Ella no ha sido ajena a dicho flagelo social, pues ha contribuido a disminuir los niveles de hambre en el mundo.

La campaña contra el hambre emprendida por la Organización Internacional para la Alimentación y la Agricultura (FAO), y alentada por la Santa Sede, ha sido secundada con generosidad. Nuestra *Cáritas Internacional* actúa por todas partes y numerosos católicos, bajo el impulso de nuestros hermanos en el episcopado, dan y se entregan sin reserva a fin de ayudar a los necesitados, agrandando progresivamente el círculo de sus prójimos (Pablo VI, 1967, n. 46).

Nótese y reconózcase cómo ha contribuido la Iglesia desde su pensamiento y acción a minimizar paulatinamente el problema del hambre a nivel mundial. Cabe aquí un interrogante, ¿es ello suficiente? No. ¿Por qué? La iglesia a nivel mundial tiene el poder de exigirle a las Naciones Unidas que haga efectiva su propuesta para erradicar el hambre a los niveles cero, como lo dice en los Objetivos, haciendo a la vez un seguimiento a la ejecución o no, de dicha

propuesta, cuestionando las acciones de los gobernantes de turno de ahora en adelante, entre otras estrategias de fiscalización.

Para no ahondar en los demás Objetivos de Desarrollo Sostenible -17 en total- y relacionándolos con los dos conceptos centrales de la tesis, a saber: bien individual y bien común, tiene valía decir que están muy relacionados con las aspiraciones individuales y colectivas de los ciudadanos de todo el mundo. Si se analizan con criterios éticos, se notará que independientemente de que se lleven o no, a la praxis, lo que buscan es brindar mejores niveles de vida a las personas en su totalidad, desde la etapa de la gestación hasta la vejez, en la medida en que abordan situaciones como la salud, la educación de calidad, agua potable y saneamiento, energía no contaminante, trabajo digno, crecimiento económico, innovación, infraestructura, reducción de la desigualdad, comunidades sostenibles, consumo responsable, cuidado del clima, cuidado de los mares, paz, justicia, solidez en las instituciones y, por último, una alianza para que todo ello sea posible, se ejecute.

Además tienen relación con los postulados de la Doctrina Social de la Iglesia ya que ésta busca la construcción de un hombre al cual se invita “ante todo, a descubrirse como ser trascendente, en todas las dimensiones de su vida, incluida la que se refiere a los ámbitos sociales, económicos y políticos” (Compendio, 2007, p. 8).

Es así que la Doctrina Social de la Iglesia desea un nuevo ser que piense en él, en su bienestar y felicidad. De hecho, al inicio del documento se lee: “El Santo Padre confía que el presente documento ayude a la humanidad en la búsqueda diligente del bien común, e invoca las bendiciones de Dios sobre cuantos se detendrán a reflexionar en las enseñanzas de esta publicación” (Compendio, 2007, p. 9). La propuesta de esta investigación y la esperanza particular y general es que la Iglesia se arroje el derecho de poner en el escenario de una praxis

más real y eficaz su Doctrina Social como una luz para iluminar mejores caminos para los hombres y mujeres más necesitados de la tierra.

3. Consideraciones Finales.

Toda acción llevada a cabo por el ser humano y por las instituciones está ligada a un proceso de desarrollo consciente o inconsciente. Las acciones individuales generalmente conducen a revoluciones sociales las cuales requieren de cambios en los esquemas individuales y colectivos, los mismos que generan resistencia y a la vez resiliencia pero que ideológica, social y culturalmente son avaladas por las circunstancias que los mismos fenómenos generan.

El bienestar individual y el bien común son dos aspiraciones sentidas del hombre y de la sociedad. Ambos requieren de cambios sustanciales en el individuo y en las instituciones porque las circunstancias lo exigen, lo ameritan. Por tanto, el bien individual y el bien colectivo son construcciones que se generan en el tiempo, en el devenir de la existencia humana y en la ejecución de las políticas institucionales. El ser humano debe ser consciente que sus acciones necesitan de una autoevaluación constante que le permita identificar las fortalezas, deficiencias y necesidades, lo cual conduce a direccionar de mejor manera su existencia y por ende su felicidad como máxima aspiración racional de todo ser.

Las acciones individuales no riñen con las acciones colectivas porque ambas desean posibilitar el bienestar humano y social. En esos deseos por alcanzar el bienestar, el hombre requiere del uso de su racionalidad en concomitancia con una orientación espiritual que le permitan el pleno desarrollo de su existencia.

Lo expuesto anteriormente permite considerar que:

- ✓ Cada persona humana es un ser único e irrepetible, muestra una actitud *sui generis* frente a su existencia, durante la cual trata de descifrar los intrínsecos de la misma. Ello conduce a cada sujeto a vivenciar su paso por la tierra de manera diferente pero siempre queriendo estar bien. Entonces es cuando se hace la pregunta, ¿qué es estar bien?, ¿por qué quiero estar bien? El bienestar se dimensiona en un concepto más concreto, pero a la vez más abstracto, el de ser feliz; y a partir de allí se hace otra pregunta, ¿por qué quiero ser feliz? Tratando de hallar la felicidad, *su* felicidad, desarrolla acciones que le permiten, según él, estar bien. Ello implica el disfrute de buena salud, empleo digno, vivienda cómoda y buenas relaciones interpersonales, en armonía con ellos y con el medio ambiente. Por tales motivos el individuo siempre está más proclive a buscar el bien antes que acercarse al mal.
- ✓ La Iglesia católica es portadora de una tradición milenaria que ha recogido también el pensamiento filosófico griego; el concepto de *εὐδαιμονία* juega un importante papel en el desarrollo del bien común, porque la práctica de la virtud conlleva evidentemente a la realización del proyecto cristiano guiado también por aquel concepto de tradición griega, que la Iglesia al mismo tiempo ha sabido considerar, denominado *ἀγάπη* y traducido por el apóstol Juan como *el amor de donación*, ya desarrollado en el primer capítulo de este argumento.
- ✓ La Iglesia católica ha sido durante veintiún siglos de historia una institución respetable, creíble y reconocida que ha centrado su interés en desarrollar una labor social y espiritual encomiables, fomentando un bienestar en los miembros de sus comunidades propias y en las sociedades a las que se ha entregado. Una de tantas estrategias que merece toda la atención e importancia para ese acercamiento vivencial es la praxis de la doctrina con el

propósito de fomentar el bienestar común en las sociedades en las que tiene presencia e influencia. La Doctrina Social está invitada a complementar sus postulados con otros componentes teóricos que vayan en concordancia con el interés o aspiración de construir ciudadanos y sociedades mejores, más justas, más equitativas, más humanas y más éticas para mejorar este mundo.

- ✓ La Iglesia católica está convocada a continuar implementando su Doctrina social no sólo con los mensajes y documentos valiosos, sino más aún con el testimonio de su propia forma de vida. Las nuevas sociedades e incluso los mismos fieles piden también a la Iglesia nuevas maneras de vivir y de confrontarse con las realidades humanas: optar por estilos más sencillos, más cercana a los pobres, vivir pobre y entre los pobres, esto no quiere decir que ella misma no necesite también una sólida economía que le facilite la ejecución de su tarea.
- ✓ La Doctrina social de la Iglesia podrá seguir siendo mediadora y constructora del bien común en la medida en que esté en sintonía con sus expresiones vitales y sus acciones simbólicas puedan ser renovadoras e innovadoras, abiertas a esta sociedad en constante transformación.

Referencias

- ARISTÓTELES. (1982). *Ética Nicomaquea y política*. México: Porrúa.
- BAUMAN, Zygmunt. (2008). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- _____. (2007). *Vida de consumo*. México: Fondo cultura económica.
- BENEDICTO XVI. (2009). *Carta encíclica Caritas in Veritate*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.
- _____. (2005). *Carta encíclica Deus caritas est*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.
- CARR, Edward. (2010). *¿Qué es la historia?*. Barcelona: Ariel.
- CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA. (1997). *Compendio*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.
- COMPENDIO DE LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA. (2007). Bogotá: Ediciones Nomos.
- DELLA MIRÁNDOLA, Giovanni. (1990). *Ciudad Seva*. España: Noticuento. Recuperado de: <https://ciudadseva.com/texto/discurso-sobre-la-dignidad-del-hombre/>. Investigado: 01-23-20.
- DOCUMENTOS DEL CONCILIO VATICANO II. (1986). Constituciones, Decretos, Declaraciones. Madrid: B.A.C.
- FRANCISCO. (2015). *Carta encíclica Laudato si'*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.
- FREUD, Sigmund. (1976). *Esquemas del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu.

GARCÍA-PELAYO, Ramón. (1983). *Diccionario Larousse Ilustrado*. Buenos Aires: Ediciones Larousse.

GOBIERNO DE COLOMBIA-FARC-EP. (2016). *Acuerdo Final para la Terminación del conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera*. Bogotá: Desde abajo.

GUTIÉRREZ, Gustavo. (1975). *Teología de la liberación*. Perspectivas. Séptima edición. Salamanca: Ediciones Sígueme.

JUAN PABLO II. (1995). *Carta encíclica Evangelium Vitae*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.

JUAN XXIII. (1963). *Carta encíclica Pacem in Terris*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.

KANT, Immanuel. (1991). *Pedagogía*. Madrid: Ediciones Akal.

KYMLICKA, Will. (1996). *Ciudadanía multicultural. Una teoría liberal de los derechos de las minorías*. Barcelona: Paidós.

MBITI, John Samuel. (1969). *African Religions and Philosophy*. Second edition. New York: Praeger.

_____. (2009). *Challenges of Language, Culture, and Interpretation in Translating the Greek New Testament*. In *Swedish Missiological Themes*, 97, 2 (2009): 141 – 164.

OSPINA, William. (1997). *Colombia, el proyecto nacional y la franja amarilla*. Bogotá: Norma.

PABLO VI. (1967). *Carta encíclica Populorum Progressio*. Ciudad del Vaticano: Editrice Vaticana.

PROGRAMA DE LAS NACIONES UNIDAS PARA EL DESARROLLO. *Objetivos del Desarrollo Sostenible*. 2019. Recuperado de: <https://www.undp.org/content/undp/es/home/sustainable-development-goals/goal-1-no-poverty.html>.

- RAWLS, John. (1995). *Teoría de la justicia*. México: Fondo cultura económica.
- RODRÍGUEZ, Pepe. (1997). *Mentiras fundamentales de la Iglesia*. Barcelona: Ediciones B.
- SAVATER, Fernando. (1988). *Ética como amor propio*. Madrid: Mondadori.
- UBIETA, et al. (1999). *Nueva Biblia de Jerusalén*. Bilbao: Desclée De Brouwer.
- WOJTYLA, Karol. (2005). *El hombre y su destino. Ensayos de antropología*. Madrid: Palabra.